

LUIS MARÍA MARTÍNEZ

*Los dones
del Espíritu Santo*



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Luis María Martínez

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

© 2015 de la presente edición, *by*
EDICIONES RIALP, S. A., Alcalá, 290.
28027 Madrid
(www.rialp.com)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-321-4555-1

ePub producido por Anzos, S. L.

I. NOCIONES GENERALES[1]

Con gran júbilo de nuestras almas nos damos cuenta de que se acerca el día glorioso y sacratísimo de Pentecostés, en el que se llenan de alegría la tierra y de gracias celestiales los corazones.

Como hace veinte siglos, en la próxima solemnidad de Pentecostés, el Espíritu Santo descenderá sobre nuestras almas, las llenará con su luz, las caldeará con su fuego, las visitará con su unción.

Y así como los Apóstoles se prepararon hace diecinueve siglos para recibir el Don de Dios en el recogimiento, en la oración, y unidos con la Santísima Virgen María, así nosotros queremos también consagrar estos días a una preparación intensa de nuestras almas, para que en el día sacratísimo de Pentecostés el Espíritu Santo las llene con su luz y con su amor.

Cumple a mi deber ayudar a los fieles a esta piadosa y santa preparación. Ahora bien, para que nos preparemos a recibir al Paráclito, debemos desearlo con todas las veras de nuestra alma y llamarlo como lo llama siempre la Iglesia cuantas veces lo invoca: «¡Ven, Espíritu Santo!», «¡ven, Espíritu Creador!», «¡ven, Padre de los pobres!», «¡ven, Luz de los corazones!», «¡ven, Consolador de nuestras almas!».

Pero para llamarlo hay que desearlo, y para desearlo hay que amarlo, y para amarlo hay que conocerlo. Y yo quiero —con la gracia de Dios— ayudar a las almas a que conozcan mejor al Espíritu Santo.

Mas, ¿cómo conocerlo, si, según la Escritura, habita una luz inaccesible? Sin embargo, como ha dicho con mucha razón un Santo Padre, «si esa luz es inaccesible a nuestras fuerzas, es accesible a los dones que hemos recibido de Dios». Con la luz de la fe, con los ojos iluminados de nuestro corazón, podemos penetrar las sombras del misterio y contemplar atónitos las maravillas de Dios.

No me atreveré, sin embargo, a penetrar de improviso en el santuario augusto de Dios; no pretenderé mostrar los arcanos de su vida divina, no tendré la audacia de declarar este amor infinito y sustancial que en unidad inefable enlaza al Padre y al Hijo, sino que, siguiendo la manera de ser de nuestro espíritu, quiero mostrar la obra del Espíritu Santo, para que por ella se eleven nuestras almas hasta el conocimiento que

podemos tener aquí, en la tierra, de Dios. Voy a hablar de la obra del Espíritu Santo en las almas.

Sabemos bien que, aun cuando todas las obras exteriores las realizan las tres divinas Personas, sin embargo, con fundamento, en la Escritura y en la Tradición, los Teólogos apropian a cada una de las Personas de la Trinidad aquellas operaciones que por su naturaleza y sus cualidades se asemejan a los caracteres propios de aquella divina Persona. De esta manera, al Padre se le atribuye la creación; al Hijo, la redención, y al Espíritu Santo, la santificación de nuestras almas.

¡Ah! ¡Si pudiéramos contemplar esa obra maravillosa de la santificación de las almas que realiza el Espíritu Santo en nosotros! Me siento tentado a decir que esa obra, la santificación de las almas, es la obra maestra del Espíritu Santo en la tierra.

Yo sé, en verdad, que la obra maestra del Espíritu Santo es la que realizó en Jesucristo. Fue concebido Jesús por obra del Espíritu Santo; el Espíritu lo llenó con plenitud divina, lo guió en todos los pasos de su vida mortal y por Él Jesucristo se ofreció en la cruz y se inmoló en el Calvario.

La obra maestra del Espíritu Santo es Jesús. Pero, ¿la santificación de nuestras almas no es la prolongación y el complemento de la obra del Espíritu Santo en Jesucristo? El apóstol san Pablo nos habla del misterio de Cristo, y en la concepción profundísima del Apóstol, el misterio de Cristo no es solamente el misterio de la Encarnación y de la Redención del género humano; para el gran Apóstol, Cristo no es solamente la segunda Persona de la Santísima Trinidad; unida hipostáticamente a la naturaleza humana que el Espíritu Santo formó en el seno de la Virgen María, sino que el misterio de Cristo abarca la multitud inmensa de almas que son los miembros del Cuerpo místico de Jesús. El Jesús íntegro nos abarca a nosotros; santificar las almas es completar a Jesús, es consumir el misterio de Cristo.

Por eso me atrevo a afirmar que la obra santificadora del Espíritu Santo es su obra maestra, porque es el complemento de la obra por Él realizada en Jesucristo.

Pero en esta misma obra de santificación del Espíritu Santo quiero considerar durante estos días la parte más fina, la parte más perfecta: aquella que el Espíritu Santo realiza de una manera íntegra y, pudiéramos decir, personal. Porque quiero hablar de los dones del Espíritu Santo; y tratar de ellos es tratar —vuelvo a decirlo— de la parte más fina y exquisita de la obra del Espíritu Santo en nuestra santificación.

* * *

Para que se comprenda mejor mi propósito, debo decir que el Espíritu Santo realiza en nosotros la obra de nuestra santificación de dos maneras: una, ayudándonos, impulsándonos, dirigiéndonos; pero de tal manera nos impulsa y nos dirige, que nosotros tenemos la dirección de nuestra propia obra. ¿No es nuestra gloria realizar nosotros mismos nuestros propios destinos? ¿No nos ha dado Dios ese don glorioso y terrible de nuestra libertad, por la cual nosotros mismos somos los artífices de nuestra dicha o los forjadores de nuestra desgracia?

Pero hay otra manera de dirigir del Espíritu Santo; hay otra obra que realiza en nosotros, cuando Él personalmente toma la dirección de nuestros actos, cuando ya no solamente nos ilumina con su luz y nos calienta con su fuego y nos marca con sus enseñanzas el camino que debemos seguir, sino que Él mismo se digna mover nuestras facultades e impulsarlas para que realicemos su obra divina.

Una comparación nos ayudará a comprender estas dos maneras de influir que tiene el Espíritu Santo en nuestra obra santificadora. Imaginémonos un gran artista, a un pintor genial que va a realizar su obra maestra. Para ello utiliza a sus discípulos más aventajados; él mismo dispone la manera cómo han de preparar la tela, cómo han de combinar los colores, y aun les permite que hagan la parte menos importante o menos perfecta de su obra. Pero cuando llega a lo más fino de ella, a lo más exquisito, allí donde va a revelarse su genio, donde va a cristalizarse la inspiración que lleva en el alma, entonces no son los discípulos los que toman el pincel; el mismo maestro genial traza los rasgos finísimos de su obra maravillosa.

Así es el Espíritu Santo: va a realizar en nuestras almas una obra divina; es la imagen de Jesús la que va a trazar en nuestros corazones una imagen viviente, la imagen que necesitamos llevar para penetrar en las moradas eternas. El Espíritu Santo dirige esta obra genial, pero Él quiere que nosotros le ayudemos en ella; como discípulos suyos, nos permite que tracemos algunos rasgos de esa imagen divina, bajo su dirección, ciertamente, según las normas que nos señala. Pero hay un momento en que el Espíritu Santo ya no quiere que nosotros por nuestra propia cuenta dirijamos la obra; Él entra de una manera personal e inmediata a dirigir, y con instrumentos finísimos pone los rasgos geniales, los rasgos fidelísimos de esa imagen divina.

Esos instrumentos finísimos que el Espíritu Santo utiliza para realizar su obra personal y exquisita son los *dones del Espíritu Santo*.

Nosotros tenemos también nuestros instrumentos: son las virtudes que se nos comunican juntamente con la gracia; por ellas vamos poco a poco destruyendo en nosotros al hombre viejo con todas sus concupiscencias y vamos trazando en nuestros corazones la imagen de Jesús, formando al hombre nuevo, creado, según la voluntad de Dios, en la justicia y en la santidad de la verdad.

Pero llega un momento en que las virtudes no son suficientes para realizar la obra divina; ya nuestra dirección no basta para semejante prodigio; entonces el Espíritu Santo interviene y dirige inmediatamente la obra celestial, y como instrumentos preciosos para realizarla utiliza lo que llaman los teólogos los *dones del Espíritu Santo*.

* * *

Cuántas veces hemos oído hablar de Ellos! La Santa Iglesia, en los himnos al Espíritu Santo, hace frecuentes alusiones a esos dones: «*Tu septiformis munere*» (Tú eres septiforme en tus dones), dice en el Himno de Vísperas de Pentecostés. Y en la secuencia de la Misa de la gran solemnidad, la Santa Iglesia le pide al Espíritu Santo que nos dé el sagrado septenario, «*Da tuis fidelibus, in te confidentibus, SACRUM*

SEPTENARIUM», que nos otorgue sus dones divinos, que son los siete dones del Espíritu Santo.

Para explicarlos, voy a servirme de una comparación de actualidad. La ciencia moderna ha descubierto y ha realizado aparatos prodigiosos que nos hacen captar esas ondas arcanas que vienen de todas las partes del mundo y que nos hacen escuchar a enormes distancias lo que se dice o lo que se canta en cualquier parte de la tierra, quien tiene un aparato receptor puede captar las ondas misteriosas y puede oír lo que se dice y lo que se canta a enormes distancias.

Los dones del Espíritu Santo son receptores divinos, receptores prodigiosos para captar las inspiraciones del Espíritu divino. Quien no tiene un aparato de radio no puede oír lo que se canta o lo que se dice en otra parte; quien no tiene los dones del Espíritu Santo no podrá captar las divinas inspiraciones.

Los dones del Espíritu Santo son esas realidades sobrenaturales que Dios ha querido poner en nuestra alma para que podamos recibir las inspiraciones del Paráclito.

Pero mi comparación, como es natural, es incompleta; por los aparatos inventados por la ciencia moderna solamente se oye; por estos divinos receptores, no solamente recibimos la luz y las enseñanzas del Espíritu Santo, sino también sus mociones divinas, de tal manera que bajo el influjo de esas mociones realizamos —en el orden espiritual— actos más finos, más perfectos, actos que son verdaderamente divinos. Los dones del Espíritu no solo nos hacen recibir las divinas iluminaciones del Espíritu Santo, sino también sus impulsos, de tal suerte que bajo el influjo del Espíritu Santo nosotros nos movemos, como lo dice muy claramente la Escritura: «*Quicumque enim Spiritu Dei aguntur ii sunt filii Dei*» (Todos los que son movidos por el Espíritu, estos son los hijos de Dios)[2]. Es una de las prerrogativas maravillosas que tenemos los hijos de Dios: ser movidos por el Espíritu Santo. ¡Cuántas veces nuestros actos son nuestros, en verdad, pero obramos movidos por una fuerza superior, por un instinto divino, por una moción del Espíritu Santo!

Y para recibir esas mociones eficacísimas y divinas son instrumentos perfectamente adecuados los dones del Espíritu Santo.

* * *

Y de estas mociones podemos sacar consecuencias preciosas, porque si el Espíritu Santo nos mueve y nuestros actos se hacen bajo su influjo inmediato, es natural que nuestros actos tengan caracteres verdaderamente divinos. ¿No es propio de un artista poner su estilo, su inspiración, y por decirlo así, su alma, en aquello que realiza? Un mismo instrumento musical, tocado por distintos artistas, produce en nosotros distinta impresión. Hay algo propio, hay algo característico en cada artista; cuando él ejecuta, allí pone su sello; los conocedores pueden decir perfectamente quién está ejecutando alguna gran composición musical. Y de todas las artes se puede decir otro tanto: el pintor, acaso, ¿no pone su sello en las obras de su mano? El escritor, el orador, el poeta, ¿no ponen su sello en lo que dicen y en lo que escriben?

Alguien dijo con mucha razón: «El estilo es el hombre». Cada uno tiene su propio estilo, y el estilo es su sello, es el reflejo de su propia personalidad. Y el Espíritu Santo, cuando obra en nosotros, pone su sello, un sello divino, un sello inconfundible.

¡Qué distintos son los actos que ejecutamos por nuestra propia dirección, aun cuando sean sobrenaturales, y los actos que ejecutamos cuando el Espíritu Santo interviene en ellos! Cuando nosotros obramos, ponemos nuestro sello, sello de imperfección, sello de fragilidad; cuando el Espíritu Santo influye en nuestros actos, pone su sello divino de seguridad, de perfección, de elevación sobrenatural, y por eso, por medio de los dones del Espíritu Santo, ejecutamos actos que tienen caracteres divinos.

Quizá pudiera ilustrar lo que acabo de decir con algunos ejemplos. El hombre prudente, que no dispone para la ejecución de sus actos, sino de sus cualidades naturales y de la virtud sobrenatural de la prudencia, acierta, en verdad, pero con mucha lentitud, con verdaderos tanteos. La Escritura nos ha dicho en dos rasgos magistrales lo que es la pobre prudencia humana. Dice que los pensamientos del hombre son inciertos y tímidas sus disposiciones; la incertidumbre y la timidez son nuestro sello; aun cuando acertamos, hay en nuestros aciertos no sé qué de incertidumbre, de timidez.

Aquel que obra bajo el influjo del don de consejo, que es la prudencia sobrenatural, de una manera rápida, segura, firme, sabe lo que en cada caso se debe hacer.

Otro ejemplo: cuando nosotros, guiados por la luz de la fe, nos elevamos al conocimiento de las cosas divinas, en nuestro proceso interior ponemos el sello humano: necesitamos analizar, comparar, discurrir; acumulamos nociones, las unimos, las armonizamos; ¿no son un ejemplo viviente mis propias palabras y mi propio discurso para explicar lo que son los dones del Espíritu Santo? Acudo a distintos ejemplos, divido, presento distintas facetas, y luego procuro unificar todo para que nos formemos un concepto exacto de lo que estoy explicando. Allí está mi sello, sello de imperfección, de multiplicidad, de laborioso raciocinio.

¡Ah!, los santos, cuando contemplan las cosas divinas bajo el influjo de los dones del Espíritu Santo, no tienen más que una mirada, una intuición profunda, rica, que les hace contemplar en un momento, y, por decirlo así, en un solo punto luminoso, lo que nosotros, para vislumbrar, necesitamos de mucho tiempo y de muchos esfuerzos mentales.

Los actos que proceden de los dones del Espíritu Santo tienen un sello divino, el sello del Espíritu Santo, un modo enteramente celestial.

Y aun pudiéramos decir que difieren también las normas en estos dones celestiales; las normas de los dones son distintas de las normas de las virtudes. Cuando obramos bajo el influjo de las virtudes tenemos una norma del hombre iluminado por la luz de Dios. En tanto que cuando se obra bajo el influjo de los dones del Espíritu Santo, la norma es la norma misma de Dios participada al hombre.

No sé si mis pensamientos inciertos y tímidos alcancen a explicar las maravillas de los Dones de Dios.

* * *

Y no vayamos a pensar que estos dones del Espíritu Santo son únicamente propios de las almas que han llegado a ciertas alturas en los senderos de la perfección; no creamos que solamente los santos poseen los dones del Espíritu Santo; los poseemos todos: basta con que tengamos la gracia de Dios en nuestras almas para recibir esos dones. El día de nuestro bautismo recibimos los dones del Espíritu Santo juntamente con las virtudes y la gracia.

Así como cuando nacemos venimos dotados por Dios de todo lo que necesitamos para nuestra vida humana, un organismo completo y un alma dotada de todas las facultades —no todas, ciertamente, desarrolladas desde nuestro nacimiento; pero llevamos ya como el germen de todo aquello que vamos a necesitar en nuestra vida—, así acontece en el orden espiritual: cuando alguno se bautiza recibe en toda su integridad ese mundo sobrenatural que lleva el cristiano en el alma: la gracia, que es una participación de la naturaleza de Dios; las virtudes teologales, que lo ponen en contacto inmediato con lo divino; las virtudes morales, que sirven para arreglar y ordenar toda su vida, y los dones del Espíritu Santo, receptáculos misteriosos y divinos para captar las inspiraciones y las mociones del Espíritu Santo.

Y en tanto que poseemos la gracia, poseemos también los dones; no son algo pasajero; son algo permanente, algo que llevamos en nuestro corazón constantemente; no puede existir la gracia sin los dones, y no pueden existir en un corazón la gracia y los dones sin que esté allí también el Espíritu Santo, que es el Director divino de nuestra vida espiritual.

Y es que los dones del Espíritu Santo no solamente son necesarios para las grandes obras de los santos, no, sino que en nuestra vida cotidiana, en nuestra vida ordinaria, muchas veces obramos bajo el influjo de los dones del Espíritu Santo.

Santo Tomás de Aquino, cuya autoridad es indiscutible en la Iglesia, nos enseña que para alcanzar la salvación de nuestra alma son indispensables los dones del Espíritu Santo; sin ellos no podremos realizar la obra de nuestra santificación. Y para hacernos comprender la necesidad de los dones, aun en la vida ordinaria del cristiano, santo Tomás de Aquino acude a una comparación que me parece exactísima: un gran médico puede por sí mismo curar a un enfermo grave, puede atender un caso extraordinario; pero un practicante de Medicina, aun cuando pueda hacer muchas cosas para curar enfermos y aplicarles muchas medicinas y saber lo que en un caso ordinario se necesita, para atender un caso difícil necesita estar siempre bajo la dirección de un médico perfecto que conozca a maravilla la ciencia de la Medicina y que pueda, por consiguiente, conocer perfectamente al enfermo y su mal y los remedios que son indispensables para curarlo.

Nosotros somos como los practicantes de Medicina: podemos atender nuestra propia salud en los casos ordinarios; pero sería imposible que realizáramos por completo la obra de nuestra santificación si no estuviéramos bajo el influjo del Espíritu Santo, el

único que conoce perfectamente lo que somos y lo que debemos ser y que sabe a maravilla los senderos por donde podemos llegar a la perfección a la que Dios nos llama.

No son, por consiguiente, los dones carismas extraordinarios y que reciben los santos, no; es algo que todos tenemos y que llevamos en nuestro corazón.

* * *

Yo pienso que a veces desconocemos ese mundo sobrenatural que llevamos en el alma; no nos damos cuenta de las riquezas que Dios ha depositado en nuestro corazón; llevamos un mundo más perfecto, más excelente, más bello que el mundo exterior, porque llevamos la gracia que nos hace semejantes a Dios, llevamos las virtudes teologales que nos ponen en contacto íntimo con la Divinidad, llevamos las virtudes morales que ordenan y disponen todo en nuestra vida, y llevamos los dones del Espíritu Santo por los cuales estamos en comunicación con Él para recibir sus santas mociones.

Claro está que no en todas las almas se desarrollan en el mismo grado y con la misma perfección los dones, como no en todas las almas se desarrollan en el mismo grado y con la misma perfección las virtudes.

Las virtudes, como los dones, son preciosas semillas que necesitan cultivarse; nuestro trabajo, nuestro esfuerzo de cristianos consiste en ir cultivando con exquisito cuidado esos gérmenes preciosos que Dios ha puesto en nuestra alma. Y así como las plantas tienen su estación, hay algunas que brotan cuando viene la primavera cargada de perfumes, hay otras que vienen en el cálido estío y otras que brotan en medio de la opulencia del otoño; así también cada uno de los dones del Espíritu Santo tiene, por decirlo así, la época propicia en la vida espiritual, donde encuentra su pleno desarrollo. Pero todos los dones los tenemos siempre, y nuestro deber es desarrollarlos constantemente en nuestra alma.

* * *

¿Cómo se desarrollan en nosotros los dones del Espíritu Santo? ¿Qué podemos y debemos hacer para que estos instrumentos preciosos, finísimos, divinos, que emplea el Espíritu Santo para nuestra santificación, alcancen en nosotros su completo desarrollo?

Tres cosas: la primera es acrecentar en nuestros corazones la caridad, porque la raíz de los dones es la caridad. Porque amamos, por eso podemos recibir las santas inspiraciones del Espíritu Santo; hasta en el amor humano, ¿no hay como un vislumbre de ese privilegio prodigioso que tiene el amor divino de unirnos con el Espíritu Santo y de escuchar sus santas inspiraciones? Cuando se ama, aun con el amor terreno, se tienen intuiciones para descubrir los pensamientos y los deseos de la persona amada que no pueden suplirse con ninguna ciencia.

¿No vemos cómo las madres adivinan, por decirlo así, las necesidades y los deseos de sus hijos pequeñitos? Una persona experimentada puede perfectamente no entender lo que quiere un niño, una madre lo entiende; no es la inteligencia lo que descubre ese misterio, es el corazón; el corazón tiene intuiciones que el espíritu no comprende.

Y si hasta el pobre amor humano, tan imperfecto y deficiente, tiene intuiciones misteriosas; si el que ama ve, si el que ama escucha, si el que ama vislumbra, si el que ama adivina, tratándose de ese amor sobrenatural que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones, que es la caridad, con mayor razón se tendrán esas divinas intuiciones.

En la proporción en que la caridad aumenta, aumentan también y se desarrollan los dones. Por eso, en los santos descubrimos los actos propios de los dones del Espíritu Santo, porque han llegado a un alto grado de caridad. Quienquiera que acrecienta su caridad, perfecciona los dones del Espíritu Santo. Es el primer medio de desarrollar en nosotros esos instrumentos preciosos y divinos.

* * *

El segundo medio consiste en desarrollar en nosotros las virtudes; las virtudes están a nuestra disposición, son los instrumentos de nuestro trabajo espiritual.

Por medio de las virtudes infusas, que recibimos también con la gracia de Dios, podemos ir perfeccionando una por una todas nuestras facultades y disponiéndolo todo en nuestra vida interior. Y a medida que las virtudes crecen, se prepara, por decirlo así, el terreno para que el Espíritu Santo venga y con un trabajo más fino y exquisito consume nuestra obra.

Para continuar la comparación que puse al comenzar, así como el pintor genial pone los rasgos de su inspiración en el lienzo cuando sus discípulos aventajados han hecho ya la preparación conveniente, así como él interviene cuando está preparada la tela, dispuestos los colores y esbozado el cuadro que trata de trazar, así también, cuando nosotros, por nuestra parte, hemos realizado nuestra obra por medio de las virtudes, entonces el Espíritu Santo interviene con sus dones y consuma nuestra obra.

* * *

La tercera cosa que podemos hacer para que se desarrollen en nosotros los dones del Espíritu Santo consiste en ser dóciles a las inspiraciones del Espíritu divino.

Cuando prestamos una atención amorosa y constante a la voz misteriosa del Espíritu de Dios, cuando nuestro corazón es dócil, entonces podemos escuchar mejor la voz del Espíritu, podemos recibir con mayor perfección sus santas inspiraciones.

Y cuanto mejor recibamos esas inspiraciones divinas, más se irán perfeccionando en nosotros los receptores misteriosos que son los dones del Espíritu Santo.

Recojamos estas lecciones prácticas que de la doctrina de los dones he propuesto. Yo estoy seguro de que todos poseemos los dones del Espíritu Santo, porque espero en Dios que todos llevemos en nuestro corazón la gracia santificante.

Si poseemos esos dones, desarrollémoslos, perfeccionémoslos. ¡Ah!, ¡qué triste es que, habiendo en el mundo tantas cosas bellas que se dicen y se cantan, no se use el aparato receptor para percibir semejantes maravillas! ¡Qué triste es que, teniendo en

nuestras almas esos preciosos instrumentos del Espíritu Santo, por nuestra incuria, no escuchemos su voz deliciosa, sus inspiraciones santas!

Perfeccionemos los dones, sobre todo en este novenario de Pentecostés. Para que el Espíritu Santo llene nuestras almas, para que nos hable, para que nos inspire, para que nos mueva, es preciso que se acreciente en nuestros corazones la caridad, que practiquemos con mayor esmero las virtudes cristianas, y que teniendo nuestro espíritu silencioso y atento y nuestro corazón dócil a las divinas inspiraciones, recibamos la música regalada de la voz del Paráclito y sintamos en lo íntimo de nuestra alma sus santas inspiraciones y sus mociones divinas.

¹ El presente libro constituye la segunda parte de *El Espíritu Santo*, obra de Luis María Martínez y Rodríguez (1881-1956), Arzobispo Primado de México (1937-1956), y fue redactado como un novenario de preparación para la Festividad de Pentecostés (N. del E.).

² *Rom.*, VIII, 14.

II. DON DE TEMOR

En el capítulo anterior me esforcé por exponer la noción de los dones del Espíritu Santo. Dije que eran receptores sobrenaturales que tienen el maravilloso privilegio de captar las mociones del divino Espíritu y que imprimen a nuestros actos un *modo divino*, porque los sujetan a una regla altísima.

El nombre y el número de estos dones los encontramos en un pasaje clásico del profeta Isaías: «Brotará —dice el profeta— una vara de la raíz de Jessé, una flor nacerá de esa raíz y descansará en ella el Espíritu de Sabiduría y de Entendimiento, el Espíritu de Consejo y de Fortaleza, el Espíritu de Ciencia y de Piedad, y la llenará el Espíritu de Temor del Señor». Lo que Isaías llama «*espíritus*» es lo que en el tecnicismo teológico se llaman «*dones*».

Isaías enumera siete: *Sabiduría y Entendimiento, Consejo y Fortaleza, Ciencia y Piedad y Temor de Dios.*

Para que comprendamos lo que es cada uno de estos dones y cómo por ellos el Espíritu Santo obra en nuestra alma y la puede mover a su divino beneplácito, voy a servirme de una comparación. Imaginémosnos una gran fábrica donde hay múltiples y maravillosas máquinas, diversos departamentos admirablemente organizados, como corresponden a una obra perfecta. El director de aquella fábrica, como es lo debido, quiere estar en contacto, a la hora que le place, con cada uno de los departamentos y de los talleres, y para lograrlo hace una instalación de teléfonos o de aparatos receptores de radio en los puntos principales de su gran fábrica, para que él, desde su despacho, pueda comunicarse con todos y dirigirlo todo y moverlo todo.

Así, el Espíritu Santo, que habita en nosotros cuando poseemos la gracia de Dios, que es el dulce Huésped del alma —*dulcis hospes animae*—, como lo llama la Iglesia, y que dirige de una manera magistral nuestra vida espiritual, ha querido establecer en las distintas partes del complicadísimo ser humano esas realidades misteriosas, esos receptores que son los dones del Espíritu, por los cuales Él se comunica con nosotros y puede influir en todas y en cada una de nuestras facultades humanas.

* * *

A grandes rasgos podemos contemplar el conjunto de nuestras facultades. Por encima de todas ellas, como un destello de la luz de Dios, está el entendimiento. Es la facultad más alta, la más noble que poseemos, la que nos hace semejantes a los ángeles, la que pone en nuestras almas un rasgo de la imagen de Dios. En esta facultad altísima, precisamente por su nobleza y excelencia, el Espíritu Santo ha puesto cuatro dones: *Sabiduría, Entendimiento, Ciencia y Consejo*, que corresponden maravillosamente a los distintos hábitos intelectuales que los filósofos dicen que tenemos en nuestro entendimiento. Por el don de *Entendimiento* penetramos en las verdades divinas, y para juzgar de esas verdades tenemos tres dones: el de *Sabiduría*, que juzga de las cosas divinas; el de *Ciencia*, que juzga de las criaturas; el de *Consejo*, que arregla y dispone nuestros actos.

En la voluntad, que es la facultad que sigue en categoría y nobleza a nuestra inteligencia, hay un don, el *don de Piedad*, que tiene por objeto arreglar y disponer nuestras relaciones con los demás.

Para dominar la parte inferior de nuestro ser hay dos dones: el de *Fortaleza* y el de *Temor de Dios*; el de *Fortaleza*, para quitarnos el temor del peligro; el de *Temor de Dios*, para moderar los ímpetus desordenados de nuestra concupiscencia.

Y así, desde la cúspide de nuestro espíritu, que es la inteligencia, hasta la porción inferior de nuestro ser, el Espíritu Santo tiene sus dones para comunicarse con todo este mundo interior que llevamos en nosotros, para poder inspirar y mover todos nuestros actos humanos.

A primera vista llama la atención que en la voluntad, que tiene tan grande importancia en nuestra vida moral, no haya más que un don, y este con una actividad muy limitada, porque el don de Piedad —como dije ya— tiene por fin disponer nuestras relaciones con los demás; la razón de esta aparente anomalía consiste en que en nuestra voluntad poseemos dos virtudes altísimas: la *Esperanza* y la *Caridad*; estas virtudes son superiores a los dones y pueden, por consiguiente, tener al mismo tiempo función de virtud y función de don.

Decía en el capítulo anterior que las virtudes nos sirven para la dirección que la razón imprime a nuestra vida, y que los dones son preciosos instrumentos que el Espíritu Santo utiliza para su dirección más alta. Es natural que en proporción del que dirige sean los instrumentos de la dirección; pero la Caridad y la Esperanza son virtudes tan altas, son instrumentos tan preciosos, que al mismo tiempo que puede nuestra razón disponer de ellas —imprimiéndoles, naturalmente, su modo humano—, el Espíritu Santo las utiliza también como preciosos instrumentos para realizar sus maravillas.

Y así, por ejemplo, la Caridad, esa Caridad que el Espíritu Santo derrama en nuestros corazones, ese amor sobrenatural y divino que nos hace amar a Dios por Sí y a nuestro prójimo por amor de Dios, la Caridad puede ser —si se me permite la expresión demasiado humana— manejada por nuestra razón y producir un amor sobrenatural, pero imperfecto, y puede ser movida por el Espíritu Santo, y entonces producir un amor profundo y altísimo.

* * *

Por este conjunto de dones, el Espíritu Santo posee por completo nuestra alma, y estos dones tienen entre sí relaciones estrechas. El profeta Isaías, en la enumeración que acabo de hacer, los va colocando por pares: Espíritu de Sabiduría y de Entendimiento, Espíritu de Consejo y de Fortaleza, Espíritu de Ciencia y de Piedad, Espíritu de Temor de Dios. Hay entre esos dones que forman cada par una unión estrechísima: el primero de cada par es el director del otro; la Sabiduría dirige al Entendimiento; el Consejo, a la Fortaleza; la Ciencia, a la Piedad, y el Temor de Dios es dirigido directamente por la Sabiduría, que es como la directora general de todos los demás dones.

Si consideramos la importancia de ellos, la excelencia de cada uno, se pueden enumerar así: el más perfecto de todos es la *Sabiduría*, sigue después el *Entendimiento*, en seguida la *Ciencia*, después el *Consejo*, en seguida la *Piedad* y la *Fortaleza*, y el inferior de todos es el *don de Temor de Dios*.

¡Oh! ¡Si nos pudiéramos dar exacta cuenta de lo que es ese mundo interior que llevamos en el alma! ¡Si pudiéramos comprender cómo el Espíritu Santo verdaderamente habita en nosotros y nos posee! Vuelvo a mi comparación, y que no por ser prosaica deja de ser exacta: un director de una gran fábrica, que tiene una magnífica instalación en todos los departamentos de ella y que puede comunicarse en un momento dado con todas las dependencias de aquella fábrica para poder dar sus órdenes y dirigirlo todo, puede decirse que en su despacho tiene la fábrica entera; así, el Espíritu Santo, habitando en el santuario interior de nuestra alma y siendo el dulce Huésped de ella, tiene, por medio de sus dones, la posesión de todas nuestras facultades.

Verdaderamente, el Espíritu Santo es el alma de nuestra alma y la vida de nuestra vida; ¡lástima que nosotros nos olvidemos con frecuencia de ese mundo que llevamos dentro! ¡Lástima que, fascinados por las cosas de la tierra, muchas veces perdamos la noción de las cosas divinas! ¡Ah! A cada uno de nosotros se nos pudiera decir lo que dijo Nuestro Señor a la Samaritana junto al brocal del pozo de Jacob: «¡Si conocieras el Don de Dios!».

¡Si supiéramos lo que llevamos dentro de nuestra alma! Riquezas sobrenaturales, riquezas divinas que podemos maravillosamente explotar.

* * *

Pero conviene ir examinando uno por uno cada don de esta serie magnífica que el Espíritu Santo derrama en nuestras almas. Comenzaremos por el inferior de todos, el don de *Temor de Dios*.

A primera vista parece extraño que haya un don de Temor; por ventura, ¿no todos los dones tienen por raíz la Caridad? ¿Y no dice la Escritura que al amor perfecto excluye el temor? ¿Cómo es posible que de esta raíz profunda y divina de la Caridad brote el Temor de Dios?

Para comprenderlo es preciso un análisis; hay diversas clases de temores: hay el temor de la pena y el temor de la culpa; hay también un temor mundano. ¡Cuántas veces por el temor de un mal terreno, de un mal temporal, nos olvidamos de los santos

preceptos de Dios y cometemos un pecado! ¡Cuántos hombres hay que por temor mundano se apartan de Dios!

Hay otro temor que nos aleja del pecado, que nos acerca a Dios, pero que es demasiado imperfecto; los teólogos lo llaman *temor servil*; es el temor del castigo. Sin duda que muchas veces el temor del castigo nos impide caer en el pecado, pero no cabe duda que el motivo es de orden inferior, es mezquino, no tiene la nobleza propia del amor. El temor servil no es el don de Temor de Dios de que estoy tratando.

Hay otro temor que se llama *filial*, y consiste en la repugnancia que siente el alma por alejarse de Dios; es un temor que brota de las entrañas mismas del amor. Es verdad que el amor perfecto excluye el temor; pero hay un temor que el amor no excluye, hay un temor que está —por decirlo así— en la base del amor. Quien quiere, quien ama, siente un profundo temor de apartarse del amado o disgustarlo; no se concebiría el amor sin este temor. Yo podría decir una frase de san Agustín: «*Da amantem et sentit quod dico*» (Dadme uno que ame y entenderá lo que digo). Para el que ama, para aquel en quien un amor profundo se ha enseñoreado de todo su ser, hay un temor que está por encima de todos los temores: la separación del amado; y este temor, dirigido por el Espíritu Santo, es precisamente lo que viene a constituir el don de Temor.

El Espíritu Santo de tal manera nos une a Él, que nos infunde un horror instintivo, profundo, eficacísimo, de apartarnos de Dios, que nos hace decir: todo, menos apartarnos de Él; todo, menos perder nuestra unión estrechísima con el ser amado. Es un temor filial, es un temor nobilísimo, es un temor que brota de las entrañas mismas del amor; ese temor filial, perfecto y amoroso, es lo que viene a constituir el don de Temor de Dios.

La Santa Escritura nos asegura en muchos pasajes que el Temor de Dios es el principio de la sabiduría, y así lo es, en verdad, pero esta expresión debe entenderse debidamente. No es el Temor de Dios principio de la sabiduría, en el sentido que del temor emane la esencia de ella, como de los principios de una ciencia emanan sus conclusiones, sino que el Temor de Dios es el principio de la sabiduría, en el sentido que ese don produce el primer efecto en la obra divina de la sabiduría.

Y de la misma manera son principio de la sabiduría los distintos temores.

El temor servil es principio de la sabiduría, pero no en el sentido de que influya en ella, sino que como que prepara, como que dispone el alma para que pueda venir a ella la sabiduría. El temor servil es principio de la sabiduría, como los cimientos son el principio del edificio: estando ocultos no tienen la belleza de líneas que va a tener el edificio, pero es preciso que el edificio descansa sobre ellos. Así, el amor servil, apartándonos del pecado, produce en nuestra alma la limpieza necesaria para que pueda penetrar en ella el amor verdadero.

El temor filial es, en un sentido más perfecto, el principio de la sabiduría, porque para que podamos poseer la sabiduría divina necesitamos unirnos tan estrechamente con Dios que nada nos pueda separar de Él, y el don de Temor nos une así con Dios. El don de Temor impide que nunca nos apartemos del Amado, y en ese sentido, el principio de la sabiduría es el Temor de Dios.

* * *

Este don viene a corresponder de una manera maravillosa a distintas virtudes; a la *humildad*, porque la humildad nos coloca en nuestro propio puesto, nos hace conocer nuestro verdadero valor e impide esas rebeliones contra Dios y esa presunción que nos hace creernos superiores a lo que somos. El don de Temor de Dios, uniéndonos con Dios, nos hace sentir hondamente nuestra propia miseria.

Corresponde también al grupo de virtudes de la *Templanza*, porque estas virtudes moderan nuestra concupiscencia, los impulsos desordenados de nuestro corazón; pero el Temor de Dios, por un principio altísimo, por un principio divino, también nos coloca en el orden, en la moderación, en la paz.

El don de Temor ha inspirado muchos rasgos primorosos de la vida de los santos; recuerdo en estos momentos algunos. ¿No recordamos que san Luis Gonzaga lloró y se afligió cuando tuvo que confesar unas faltitas que a nosotros nos cuesta trabajo creer que sean pecado? ¿Por qué aquellas lágrimas? ¿Por qué aquel dolor? Porque aquilataba la magnitud de aquellas faltas —que nosotros juzgamos pequeñísimas— bajo el influjo del don de Temor; veía en aquellas faltas el mal, un vestigio de la separación de Dios; eran ligerísimas, ciertamente, pero ¿para el amor hay una cosa ligera? Cuando se ama con pasión, ¿el peligro más leve de apartarse del objeto amado no despedaza el corazón?

Este mismo don de Temor influía en santa Juliana de Falconeris, que temblaba al escuchar el nombre de pecado, que se desmayaba cuando oía relatar un crimen. Es algo superior, algo hondísimo, algo mucho más perfecto que lo que nosotros podemos, por nuestras pobres facultades naturales, alcanzar; es el efecto sobrenatural que el Espíritu Santo produce en las almas para que miren con horror el pecado, para que se adhieran intensamente a Dios.

* * *

Como es natural, en los dones se dan grados, como se dan también en las virtudes. Cualquier facultad en el orden natural puede irse perfeccionando, y, en tanto que se perfeccionan sus actos, se hacen más intensos, más perfectos. No es el mismo grado el de la inteligencia de un estudiante que comienza a poner apenas su planta en los sagrados dinteles de la ciencia, que la del que ha hecho un estudio completo de las ciencias propias de su profesión, y, sobre todo, que la del sabio que se ha pasado la vida en estudios serios y profundos. Las facultades naturales crecen con el ejercicio, se van acrecentando cada vez más y podemos distinguir grados en ellas.

Lo mismo acontece en el orden sobrenatural; las virtudes tienen sus grados y los dones los tienen también. El don de Temor de Dios, en el *primer grado*, produce horror al pecado y fuerza para vencer las tentaciones.

Por las virtudes nos alejamos del pecado, vencemos la tentación, pero ¡con cuántas luchas!, ¡con cuántas deficiencias! Lo sabemos por una triste experiencia; no son nuestros esfuerzos espirituales siempre gloriosos; ¡cuántas veces nos sentimos vencidos!, ¡cuántas otras, aunque al fin y a la postre resultemos vencedores, hemos tenido

deficiencias, hemos vacilado, y solamente después de muchos esfuerzos logramos la victoria!

Por el don de Temor de Dios, la victoria es rápida, la victoria es perfecta, ¡cuántas veces lo hemos sentido en el fondo de nuestra alma! ¿No ha habido ocasiones en las que en presencia de una tentación o de un peligro sentimos un impulso rápido e instintivo que nos aparta del pecado? Es el Espíritu Santo que nos mueve por el don de Temor.

En el *segundo grado* de este don, no solo el alma se aleja del pecado, sino que se adhiere a Dios con profunda reverencia. No solamente se reverencia a Dios hasta evitar toda clase de pecado, sino que se evitan esas irreverencias que, sin llegar a faltas, son siempre señales de imperfección.

Este respeto profundo que los santos han tenido por todo lo sagrado, por la Iglesia, por el Evangelio, por el sacerdote, es efecto del don de Temor de Dios. Todo lo divino se reverencia; no quisiera el alma que está bajo el imperio del don de Temor faltar en lo mínimo al respeto y veneración que a Dios es debido.

En el *tercer grado* de este don se produce un efecto maravilloso: el desprendimiento total de las cosas de la tierra. Por eso dicen los teólogos que el don de Temor de Dios es el que viene a producir la primera de las Bienaventuranzas: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de los cielos». La Bienaventuranza de la pobreza y del desprendimiento es fruto del Temor de Dios.

Cuando de tal manera nos adherimos a Dios y nos alejamos de todo lo que nos pudiera separar de Él, que llegan a perder para nosotros su fascinación las cosas exteriores, entonces el alma se siente libre, experimenta un desprendimiento divino, que es característico de ese período de la vida espiritual; y entonces se llega a esa cumbre gloriosa de la cual dijo Jesucristo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos».

El desprendimiento de Francisco de Asís, que miraba como nada todas las cosas de la tierra, el desprendimiento que Jesucristo aconsejó a aquel joven del Evangelio cuando le dijo: «Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y ven y sígueme», ese desprendimiento es fruto del don divino del Temor de Dios.

* * *

¿No es verdad que estas consideraciones, a primera vista altas, a primera vista difíciles, y que pudieran juzgarse hasta poco adecuadas a nuestra situación ordinaria, no es verdad que abren horizontes a nuestro espíritu?

¡Qué bello es contemplar los senderos que llevan a la cumbre! Quizá nosotros estamos muy cerca del valle, quizá apenas vamos caminando por las primeras estribaciones de la montaña; pero ¡cómo se conforta el espíritu, cómo se dilata el corazón cuando contemplamos las cumbres gloriosas, cuando sabemos que estamos destinados para llegar a esas excelsitudes, y cómo sirve de acicate a nuestra pequeñez y a nuestra debilidad saber que el Espíritu Santo vive en nosotros y que tiene en nuestro

corazón preciosos instrumentos para impulsarnos y elevarnos, para llevarnos a las alturas!

A través de cada uno de estos dones debemos contemplar al Espíritu Santo, el Director supremo, el Motor inefable y divino de nuestras almas. Y es consolador y confortante pensar que ese Espíritu Santo lo tenemos en nuestro corazón. El Espíritu Santo nunca está separado de sus dones: donde Él está están sus dones, y con sus dones, que son preciosos instrumentos, puede influir en todas las partes de nuestro ser.

Levantemos nuestros ojos a las alturas, levantemos nuestros corazones al cielo. *Sursum corda!*, como nos dice el sacerdote todos los días en la santa Misa; levantemos nuestros corazones al cielo, *Sursum corda!*, como nos dice Dios. Contemplemos aquel amor inefable, infinito, perfecto, personal, que enlaza en un abrazo de amor al Padre y al Hijo: invitémosle, deseémosle, digámosle que viva en nuestras almas, que no nos abandone jamás, que llene nuestros corazones y que, por medio de sus dones, preciosos instrumentos de su actividad, influya en nosotros, nos mueva y nos conduzca a través de todas las vicisitudes del destierro, a la cumbre bienaventurada de la patria.

III. DON DE FORTALEZA

En el capítulo anterior procuré señalar el campo de la vida espiritual en el que ejerce sus funciones santísimas el don de Temor de Dios. Para practicar el bien encontramos en nosotros mismos una dificultad enorme: la inclinación desordenada que tenemos al mal, a las cosas de este mundo, y la atracción que las criaturas ejercen sobre nosotros y que la Escritura llama «la fascinación de la vanidad» (*fascinatio nugacitatis*) [3]. Para moderar nuestros afectos y para ordenar nuestra vida, necesitamos que el Espíritu Santo nos enlace tan íntimamente con Dios, que ningún atractivo y ninguna fascinación terrena nos pueda arrancar de los brazos amorosos del Señor. Esto lo realiza el Espíritu Santo —como ya procuré explicarlo— por el don de Temor de Dios.

Pero hay otro campo, importantísimo también en la vida espiritual, en el que se necesita el influjo eficaz y decisivo del Espíritu Santo. Procuraré, con la gracia de Dios, explicar lo que es este nuevo campo de acción.

* * *

Sabemos muy bien que para la vida espiritual, como para cualquier otra empresa noble y generosa, encontramos dificultades y peligros. El sabio Salomón decía: «Todas las cosas son difíciles» (*cunctae res difficiles*) [4], y nuestra experiencia nos enseña cuán profunda es la frase del sabio y qué propio es de lo humano encontrar dificultades en todo. Y cuanto más elevadas y generosas son nuestras empresas, tanto más crecen y se aumentan las dificultades.

Para alcanzar nuestra felicidad eterna, ¡cuántos obstáculos tenemos que superar! Muchas veces conocemos nuestro deber de manera precisa y exacta, sentimos el deseo de cumplir y tenemos propósitos de caminar por los senderos que Dios nos ha señalado. Pero es tan difícil a nuestra pequeñez cumplir nuestro deber...; en cada acto de virtud necesitamos hacer tales esfuerzos, tales sacrificios, que muchas veces nuestra debilidad sucumbe, y aun sabiendo que nos apartamos del camino recto, dejamos la empresa iniciada sin cumplir el propósito que habíamos concebido, porque nos parece demasiado ardua la obra que nos habíamos propuesto realizar.

Al mismo tiempo que encontramos dificultades en nuestras empresas, especialmente en nuestra vida espiritual, también estamos rodeados de peligros. En todas partes encontramos peligros que nos exponen a caer, que nos impiden hacer el bien; ¿no dijo el santo Job que la vida humana es una tentación, es una lucha constante? ¿No nos dice el apóstol san Pedro que el demonio, como león rugiente, está siempre rodeándonos, buscando el momento propicio para devorarnos? No solamente encontramos el peligro en nuestros semejantes y aun en el fondo de nuestro propio ser, sino que hasta las potestades infernales se conjuran contra nosotros para impedir que caminemos de una manera recta y rápida hacia la perfección y hacia la felicidad.

Para sostenernos en las dificultades, para evitar los peligros, para hacer los esfuerzos indispensables para cumplir la voluntad de Dios y realizar el fin para el cual Nuestro Señor nos puso en este mundo, necesitamos una firmeza de alma singular. Por eso se dice que los esforzados son los que alcanzan el cielo, por eso hay relativamente tan pocos santos, porque son muy pocos los que tienen la fortaleza necesaria para superar las dificultades, para huir los peligros, para hacer los esfuerzos y los sacrificios que exige la perfección a que Dios nos ha llamado.

Para que podamos superar las dificultades y eludir los peligros, Nuestro Señor ha provisto dándonos un conjunto de virtudes que se agrupan en torno de la virtud cardinal de la Fortaleza. Son la paciencia, la perseverancia, la fidelidad, la magnanimidad, etc., todo un grupo de virtudes que, como un ejército en orden de batalla, está en nosotros para fortificarnos, para alentarnos, para hacernos superar las dificultades y evitar los peligros.

Pero ese grupo de virtudes sobrenaturales, aunque eficacísimas, no son aún suficientes para que podamos superar todas las dificultades y eludir todos los peligros; porque las virtudes, como en los capítulos anteriores lo he dicho, por más que sean sobrenaturales, tienen el sello nuestro, tienen el modo humano, y nuestro pobre espíritu, estrecho y limitado, es muy débil.

Por eso dice la Escritura que «los pensamientos de los mortales son tímidos y sus providencias inciertas»[5]. Sí; en nuestros actos ponemos nuestro sello, nuestro sello de debilidad y deficiencia.

De manera que para alcanzar la salvación de nuestras almas no basta la virtud de la fortaleza con sus virtudes anexas; se necesita un don, un don del Espíritu Santo que lleva el mismo nombre que la virtud: el *don de Fortaleza*.

Por este don, el Espíritu Santo, de tal manera nos mueve, que podemos superar todas las dificultades, que podemos eludir todos los peligros, que podemos tener en nuestra alma esa confianza que hacía exclamar al apóstol san Pablo: «*Omnia possum in eo qui me confortat*». (Todo lo puedo en Aquel que me conforta)[6]. Esta frase del apóstol expresa lo que el don de Fortaleza produce en las almas.

* * *

Voy a tratar de explicar, en cuanto me sea posible, por qué las virtudes no son suficientes para infundir en nuestra alma la firmeza que necesitamos para realizar la gran empresa de nuestra santificación, y cómo es absolutamente preciso que otro don del Espíritu Santo, el don de Fortaleza, venga a consumir la obra.

Las virtudes tienen una norma distinta de los dones; la regla de la virtud de la fortaleza es la amplitud de las fuerzas humanas. La fortaleza nos alienta para acometer empresas arduas, nos infunde firmeza para superar las dificultades; pero como tiene esta norma, esta medida, *nuestras propias fuerzas*, no puede la virtud de la fortaleza alentarnos para algo superior a las fuerzas humanas.

Toda virtud —dicen los teólogos— consiste en el medio; cualquier desviación de nuestra voluntad, sea hacia la derecha, sea hacia la izquierda, nos aleja de la virtud. La fortaleza, ciertamente, no permite la timidez irracional, pero tampoco nos puede impulsar a emprender, con presunción y jactancia, algo que sea superior a nuestras fuerzas. En la Escritura hay este consejo prudentísimo: «*Altiora te ne queasieris*». (No busquéis lo que sea superior a vuestras fuerzas)[7]. Y la virtud de la fortaleza no nos puede impulsar a ninguna cosa que sea superior a las fuerzas humanas.

Ahora bien: ¿no es superior a las fuerzas humanas la consumación de toda obra y el evitar todo peligro? ¿Qué hombre hay, por firme, por grande, por tenaz que sea, que pueda consumir toda obra que emprenda y que pueda eludir todos los peligros que encuentre en su camino? Esto es algo superior a nuestras fuerzas.

Y la empresa que todo cristiano tiene que acometer, la santificación de su alma, alcanzar la felicidad eterna, es la empresa más grande, la empresa más ardua que se puede imaginar. ¿Podrá el hombre, por sus propias fuerzas —aun ayudado por los auxilios divinos, pero por sus propias fuerzas—, podrá alcanzar y consumir esa obra colosal y eludir todos los peligros que pueda encontrar durante su vida? Sin duda que no, y por eso se necesita un auxilio superior a la virtud, por eso se necesita el don de Fortaleza.

El don de Fortaleza tiene otra medida. ¿Sabemos cuál es? La medida del don de Fortaleza no son las fuerzas humanas, no son las fuerzas angélicas, es la *fuerza de Dios*, su fuerza infinita, su fuerza omnipotente; por el don de Fortaleza, el Espíritu Santo nos impulsa a todo aquello a donde puede alcanzar la fuerza de Dios.

Porque, en realidad, en el orden sobrenatural y bajo la moción del Espíritu Santo, la pobre criatura se reviste de la fortaleza de Dios; como que desaparece nuestra debilidad, como que tenemos en propiedad la fuerza divina.

No pensemos que exagera el apóstol san Pablo en la frase que ya cité; nos lo dice de una manera clarísima: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta». A primera vista, esa frase parece jactanciosa y soberbia: *todo lo puedo*. No pone limitación ninguna el apóstol, y poderlo todo es propio de Dios; ¿no es el único que puede decir: Yo todo lo puedo? ¿Por qué el apóstol san Pablo se atreve a pronunciar esa palabra: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta»?

Quiere decir: todo lo puedo, porque cuento con Dios, porque deseo su fuerza, porque estoy revestido de su fortaleza divina; todo lo puedo porque estoy confortado por

Dios.

Esa es la norma del don de Fortaleza, la fuerza infinita de Dios. Y porque se posee esa fuerza se puede vencer toda dificultad; ¿acaso la fuerza infinita de Dios no vence todas las dificultades? ¿Los obstáculos no son, no se convierten en medios en las manos omnipotentes de Dios?

Y porque se posee esa fuerza infinita, se pueden superar todos los peligros; no hay peligro, por grave que sea, que no pueda ser superado por la fuerza del Altísimo.

Y no solamente por el don de Fortaleza tenemos la firmeza necesaria para superar todas las dificultades y eludir todos los peligros, sino que el Espíritu Santo infunde en nuestras almas una confianza como la que expresa el apóstol san Pablo en la frase que he citado; una confianza, una seguridad que produce en nuestras almas la paz, la paz en medio de los peligros, la paz en medio de la lucha, la paz en medio de las dificultades.

Pienso que no hay espectáculo tan bello y tan grande como el que han ofrecido muchas veces en la Historia los santos, que en medio de dificultades sin número, teniendo que combatir con los poderosos de la tierra y con las potestades del infierno, conservaron su paz y su alegría. Es que estaban regidos por el Espíritu Santo, es que obraban bajo el influjo efficacísimo y omnipotente del don de Fortaleza.

Por ese don se consuma toda obra, se supera toda dificultad, se elude todo peligro y se quita esa vacilación, ese temor, esa timidez que son tan propios de la naturaleza humana.

¿No nos revela la Historia que grandes conquistadores, soldados valerosísimos, al comenzar una batalla, temblaban y vacilaban, por más que tuvieran la experiencia de su práctica y de sus fuerzas? ¡Ah!, es que a la pobre naturaleza humana siempre le queda la vacilación y el temor: ¡somos tan frágiles!, ¡somos tan débiles! Mas cuando estamos bajo el imperio del Espíritu Santo, cuando estamos revestidos de la fuerza de Dios, cuando el don de Fortaleza dirige nuestros actos, se acaba el temor y la vacilación: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta».

* * *

Para que nos demos exacta cuenta de esto y de que los dones no son como una leyenda fantástica, no son como una cosa especulativa, sino que son algo perfectamente práctico, quiero señalar algunos rasgos en las vidas de los santos. Y acudo a ellos, en primer lugar, porque los santos son los que han vivido de una manera íntegra y perfecta la vida espiritual, y en segundo, porque en esa materia son las únicas vidas que conocemos todos. ¡Oh!, cuántas veces en un alma desconocida hay maravillas de Dios; pero son el secreto del Altísimo.

Por el don de Fortaleza los santos han alcanzado esta perfección increíble, *gozar en el sufrimiento*. Apenas alcanzamos nosotros a comprender cómo es posible que de las entrañas mismas del dolor brote la alegría; pero esa es la verdad.

¿Recordamos la parábola de la perfecta alegría de san Francisco de Asís? ¿Recordamos lo que decía al Hermano León, corderillo de Dios, cuando iban por un

camino y se detenía para explicar en qué consiste y en qué no consiste la perfecta alegría?

No me detendré en repetir esa conocidísima parábola; únicamente recordaré la conclusión a la que llegó el Serafín de Asís: «Hermano León, la perfecta alegría consiste en padecer por Cristo, que tanto quiso padecer por nosotros».

Si no fuera un santo el que dijo tal cosa, creeríamos que era una paradoja de algún literato para impresionar el ánimo de los que leyeran sus obras; pero no. Francisco es sincero, tiene la sinceridad de un niño, y él nos dice que la mayor alegría, la perfecta, la que llega al corazón, la que tiene un sello celestial, consiste en sufrir. Solamente bajo el imperio del don de Fortaleza se puede encontrar gusto en el dolor.

Otro ejemplo de lo que el don de Fortaleza produce en las almas lo tenemos en aquel santo anciano Ignacio, obispo de Antioquía, que fue llevado a Roma para ser martirizado. Les dirigió a los romanos una carta maravillosa, cuyo fin era suplicarles, por las entrañas de Cristo, que no le fueran a impedir el martirio. Y les decía: «Si las fieras no se arrojan sobre mí, como ha sucedido con algunos mártires, yo las azuzaré para que me devoren. Perdonadme, hijitos, pero yo sé lo que me conviene; porque yo soy el trigo de Cristo, y es preciso que sea triturado por los dientes de las fieras para convertirme en pan inmaculado».

Esas palabras, esa actitud, no es la actitud de un sabio, no es la actitud de un hombre; es la actitud de quien está bajo el imperio del Espíritu Santo, de quien recibe el influjo efficacísimo del don de Fortaleza.

Y no solo para esos actos extraordinarios, heroicos, se necesita ese don. No; en otros santos encontramos el influjo del don de Fortaleza en actos que no son extraordinarios, como estos que acabo de citar; por ejemplo, san Gregorio VII, emprendiendo una lucha gigantesca contra los enemigos de la libertad de la Iglesia. ¿No tenía también una fortaleza sobrehumana, que no era la virtud, sino el don, santa Teresa de Jesús, para reformar la Orden del Carmelo, al tener que luchar contra los buenos y contra los malos y pasar por inmensas dificultades, mientras llevaba muchas veces en el alma una desolación inmensa? ¿No necesitó el don de Fortaleza para realizar sus empresas?

* * *

Y yo quiero advertirlo: hasta para la vida ordinaria se necesita el don de Fortaleza, no solamente porque todo cristiano puede encontrarse alguna vez en una situación difícil, heroica, en que necesite el impulso del Espíritu Santo para hacer algo extraordinario, sino también para hacer todos los esfuerzos que son necesarios para alcanzar el cielo, para poder vencer los peligros, para superar las dificultades ordinarias de nuestra vida y, sobre todo, para sentir en nuestros corazones esa paz y esa confianza de que he hablado, es absolutamente indispensable el don de Fortaleza.

Gracias a Dios, lo tenemos, lo recibimos en el día de nuestro bautismo, y cuanto tiempo tengamos la gracia en nuestra alma, tenemos con la gracia el don de Fortaleza, y

poseemos al Espíritu Santo en nuestro corazón, y podemos recibir a la hora que sea preciso el influjo efficacísimo del Paráclito.

* * *

En el don de Fortaleza se dan grados: en el primer grado podemos realizar todo lo que sea absolutamente necesario para la salvación de nuestra alma, todo lo que Dios nos mande, aun cuando algunas veces pueda llegar a ser extraordinario o heroico.

En el segundo grado, nuestro espíritu adquiere una firmeza superior, no solo para que cumplamos lo absolutamente necesario, lo que es de precepto, sino también para realizar las cosas que son de consejo, según los deberes y el espíritu de cada alma, en el estado en que Dios la ha colocado.

Y en el tercer grado, el don de Fortaleza, como que nos eleva por encima de toda criatura, como que nos hace superarnos a nosotros mismos, como que nos coloca en el seno mismo de Dios, donde reina una confianza sin límites y una paz inalterable.

* * *

¡Si conociéramos el Don de Dios! ¡Si supiéramos lo que es ese mundo maravilloso que llevamos en el alma! ¡Si nos diéramos cuenta de esa belleza incomparable y divina del mundo sobrenatural!

En el mundo exterior hay maravillas. ¿Quién no se complace aspirando los perfumes de la primavera en una campiña florida? ¿Quién no experimenta el encanto misterioso que encierran los bosques umbríos? ¿Quién no siente la grandeza incomparable del océano cuando lo oye rugir y cuando ve levantarse hacia el firmamento sus olas? ¿Quién no experimenta una paz deliciosa cuando en una noche tranquila contempla en el firmamento las estrellas que titilan misteriosas? Todo este mundo no es nada en comparación del mundo sobrenatural.

Y si del mundo que acabo de describir pasamos al mundo de la ciencia y al mundo del arte, a todas las obras maravillosas que el hombre ha realizado, sobre todo en la época moderna, vuelvo a decir la misma palabra: todo esto es nada en comparación de nuestro mundo interior, porque allí llevamos a Dios. En el santuario interno están esparcidas las gracias y los Dones de Dios, de manera que llevamos un mundo divino en nuestro corazón.

¡Oh!, ¡si lo comprendiéramos, si aquilatáramos la importancia que tiene, si entráramos en ese mundo maravilloso!

Pidámosle al Espíritu Santo que en la próxima solemnidad de Pentecostés abra los ojos de nuestro corazón para contemplar las maravillas que llevamos en nuestro interior, y que impulse nuestras almas para que vivamos esa vida, esa vida que Jesucristo nos compró con su Sangre, esa vida que Él mantiene constantemente en nuestros corazones.

* * *

¡Oh, Espíritu Santo! ¡Ven, Luz de las almas! ¡Abre nuestros ojos para que podamos comprender las maravillas que poseemos en nuestros corazones! ¡Ven, ilumínanos, muévenos, vivifícanos, impúlsanos, para que olvidemos este pobre mundo exterior tan deficiente y tan imperfecto, y vivamos en ese otro mundo interior donde Tú habitas y en donde nos das como Soberano espléndido tus dones magníficos, los de tu omnipotencia infinita!

3 *Sap.*, IV, 12.

4 *Eccli.*, I, 8.

5 *Sap.*, IX, 4.

6 *Philip.*, IV, 13.

7 *Eccli.*, in, 22.

IV. DON DE PIEDAD

No hay porción alguna de nuestro ser a la que no llegue la moción del Espíritu Santo; no hay caso alguno de nuestra vida espiritual en el cual no intervenga el Paráclito con su influjo divino por medio de algunos de sus dones.

En los capítulos anteriores expliqué cómo el Espíritu Santo influye de una manera definitiva en ordenar y disponer todo lo que va a la parte interior de nuestra alma. Por medio del don de Temor de Dios, modera las inclinaciones de nuestra sensibilidad, ordena, por decirlo así, nuestras facultades interiores para que nunca podamos alejarnos de Dios, fascinados por las criaturas, y por el don de Fortaleza, toca otro aspecto de nuestra sensibilidad, comunicando a nuestras almas un vigor, un aliento, una firmeza sobrehumanos, para que podamos acometer todas las empresas y evitar todos los peligros, para la gloria de Dios.

* * *

¡Pero la vida espiritual no es para encerrarse dentro de nuestro castillo interior! Toda vida exige relaciones con los demás, y de una manera singularísima la vida espiritual. En ella tenemos deberes que cumplir con Dios y con nuestros semejantes; no podemos vivir en un aislamiento egoísta. ¿No es la caridad el espíritu cristiano? ¿Y la caridad no exige que tengamos comunicaciones con Dios y con nuestros prójimos?

Y no solo la caridad, sino también la justicia y otras muchas virtudes exigen de nosotros que tengamos cristianas y santas relaciones con los demás. ¡Cuántas veces encontramos defectos y deficiencias en el trato con nuestros hermanos! ¡Es tan arduo cumplir perfectamente con los deberes que tenemos con nuestros semejantes! ¡Es tan difícil ser al mismo tiempo justos y afables, y tener exquisita delicadeza en nuestro trato con nuestros prójimos!

Para ordenar y disponer nuestras relaciones con los demás hay un grupo de virtudes que tienen como centro la virtud cardinal de la Justicia: para aquellos con los que tenemos una deuda rigurosa es la *Justicia*; para Dios, la *Religión*; para nuestros padres, para nuestra familia y para nuestra patria, la *Piedad*; para nuestros bienhechores, la *Gratitud*, etc. Es un conjunto de virtudes que tiene cada una de ellas su objeto y su

función propia, y entre todas ellas ordenan y disponen nuestras relaciones con Dios y con nuestros semejantes.

Pero, claro está, que en el terreno propio de una virtud, el Espíritu Santo puede influir por medio de un don, y que en tanto que las virtudes tienen siempre —como tantas veces lo he repetido— el sello humano, el sello de miseria y de imperfección, el Espíritu Santo, por medio de sus dones, eleva y comunica un modo divino a nuestras relaciones con los demás.

Para exponer en unas cuantas palabras lo que es el don de Piedad, diré que unifica de una manera admirable en un principio altísimo todas las relaciones que tenemos con los demás, y las guía, y las hace más profundas y más perfectas.

* * *

Primeramente las unifica. Llama la atención que en tanto que en el terreno de las virtudes hay una multitud de ellas que rigen nuestras relaciones, en el mundo de los dones no hay más que un don, el don de Piedad, que tiene por fin arreglar todas nuestras relaciones con los demás; porque en las alturas se unifica lo que abajo es múltiple. Ese principio altísimo que viene a servir de norma a nuestras relaciones, el apóstol san Pablo lo expresa con estas palabras: «*Accepistis spiritum adoptionis in quo clamamus Abba! (Pater)*»[8]. Hablando del Espíritu Santo, dice que es el Espíritu de adopción que vive en nuestras almas, el Espíritu de adopción por el cual clamamos a Dios, llamándole ¡Padre!

Por ser Dios nuestro Padre tenemos con Él estrechísimas y santas relaciones filiales, y de este Espíritu de adopción que nos hace mirar a Dios como nuestro Padre se desprende el orden y la unión que el don de Piedad establece en nuestras relaciones con Dios y con nuestros semejantes.

Voy a esforzarme por explicar esta doctrina. La justicia y las virtudes morales tienen en cuenta, para arreglar nuestras relaciones con los demás, lo que a cada una de ellas le es debido; hay deudas estrictas, pudiéramos decir matemáticas; pero hay también deudas en las cuales la igualdad es imposible. ¿Cómo le vamos a pagar a Dios con nuestro amor los beneficios que hemos recibido de Él? «*Qui retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?*» (¿Qué le devolveré al Señor por todo lo que me ha dado?) [9]. Por más que nosotros le entregáramos nuestra vida, nunca llegaríamos a pagarle lo que hemos recibido de Él; de Él lo hemos recibido todo, y aun cuando todo se lo devolviéramos, siempre quedaría para nosotros una deuda insoluble. Para pagar esta deuda en la medida de nuestra pequeñez está la virtud de la *Religión*.

La virtud de la piedad exige que les paguemos a nuestros padres los beneficios recibidos de ellos, beneficios que tampoco podemos pagar nunca completamente: si ellos nos dieron la vida, ¿cómo podríamos corresponder de una manera digna al beneficio recibido?

Como la justicia, la religión y la piedad, hay otras virtudes del mismo grupo que regulan nuestras relaciones con los demás y que toman un motivo y una norma adecuados a la materia propia de cada una.

Pero el don de Piedad no tiene como norma la deuda, el beneficio; no, el don de Piedad mira en Dios al Padre.

La virtud de la Religión nos lleva a agradecerle a Dios los beneficios recibidos y darle un honor y un culto como soberano de nuestro ser; de Dios hemos recibido beneficios sin cuento en el orden natural y en el orden sobrenatural, y esos beneficios le constituyen a Él nuestro Soberano, a nosotros sus súbditos; la Religión nos impulsa a corresponder a los beneficios de Dios y a cumplir los deberes que tenemos con Él como soberano, por medio de todos los actos de culto.

Pero el don de Piedad no piensa en lo que se le debe a Dios, no mide el honor que a Dios corresponde por los beneficios que se han recibido de su mano; el don de Piedad se inspira en ese Espíritu de adopción en el cual clamamos a Dios como a nuestro Padre. Él es Padre, es nuestro Padre; nosotros debemos sentir en nuestros corazones el cariño filial, y propio de los hijos es honrar a sus padres. El don de Piedad, o el Espíritu Santo por medio del don de Piedad, desarrolla en nuestros corazones ese afecto filial a Dios, y así, por ser hijos, nos ocupamos del honor y de la gloria de nuestro Padre.

* * *

¿Comprendemos la distinción que existe entre la virtud de la Religión y el don de Piedad? La virtud de la Religión ve a Dios como soberano, y el don de Piedad lo ve como Padre. La virtud de la Religión tiene en cuenta los beneficios recibidos; el don de Piedad no se fija en los beneficios, sino que hace decir al alma: es mi Padre, y, como mi Padre, yo debo tener en cuenta su honor y su gloria y grandeza.

Hay en la Escritura ciertas fórmulas desinteresadas, filiales, que expresan los sentimientos propios de un alma que está bajo el régimen del don de Piedad: «*Gratias agimus tibi, Domine Deus Omnipotens, qui est, et qui eras et qui venturus es: quia accepisti virtutem tuam magnam et regnasti*» (Te damos gracias, Señor Dios Omnipotente, que eres y que has sido y que vendrás, porque usaste de tu fuerza poderosísima y reinante)[10]. No se le da gracias por los dones que nos ha dado, porque nos ha introducido en su reino, porque nos hizo; se le da gracias por la potencia de su virtud, por la gloria de su triunfo.

Y esos mismos sentimientos expresa todos los días en la Misa la Santa Iglesia en el himno angélico; ¿no hemos notado esa frase sublime: «*Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam*» (Te damos gracias, Señor, por tu grande gloria)? ¿Comprendemos la expresión? No le damos gracias a Dios porque nos ha dado sus dones; no se las damos porque nos ha creado; le damos gracias porque es grande, porque es glorioso; le damos gracias por su gloria.

Y es propio de un hijo mirar el honor y la gloria de su padre, no teniendo en cuenta los beneficios que a él pueden venirle, ni lo que él puede recibir de esa gloria. Si lo ama en realidad como un hijo bien nacido, mira con interés, mira con satisfacción inmensa el honor y la gloria de su padre.

Este es el don de Piedad, un don que nos lleva a honrar a Dios, y a honrarlo, no por lo que nos da, no por lo que hemos recibido de su mano munificente, no por lo que esperamos recibir, sino por Él, porque es nuestro Padre, porque nosotros nos extasiamos ante su grandeza y ante su gloria. ¿No nos parece este un sentimiento delicado y finísimo?

Y se distingue claramente el don de Piedad de la virtud de la Caridad, porque la virtud de la Caridad tiene por objeto a Dios mismo, en tanto que el don de Piedad mira el honor de Dios; por medio de la Caridad, sin duda, porque esa filiación adoptiva que el Espíritu Santo nos hace sentir en nuestra alma, tiene por raíz la Caridad. Pero, en tanto que la Caridad nos hace amar a Dios en Sí mismo, el don de Piedad nos hace velar por su honor, ofrecerle todo lo que nosotros podemos, todo lo que está en nuestra mano, para que sea más honrado, para que se acreciente su gloria.

Cuando san Ignacio de Loyola tomó como lema estas palabras: «*Ad maiorem Dei gloriam*» (Para la mayor gloria de Dios), estuvo, sin, duda, inspirado por el don de Piedad.

* * *

No solamente este don nos lleva a cumplir todos los deberes que tenemos con Dios de una manera delicada, atenta, filial, sino que, como una consecuencia lógica de este espíritu de adopción que el Espíritu Santo infunde en nuestra alma, sentimos un interés singular, un interés cariñoso por todos nuestros hermanos.

A la manera que la piedad en el orden natural y en el orden de las virtudes se refiere principalmente a nuestros padres, pero como consecuencia lógica de esa relación, nos lleva también a cumplir nuestros deberes con todos los consanguíneos, con todos los que forman nuestra misma familia, y aun ampliando más, nos lleva a amar a nuestra Patria, porque nos sentimos íntimamente ligados con nuestros conciudadanos, como formando con todos ellos un solo cuerpo moral y espiritual, así desde el momento en que nosotros, por la efusión del Espíritu Santo, sentimos a Dios nuestro Padre, tenemos que sentir la fraternidad con todos los hombres.

Porque todos los hombres son nuestros hermanos, si Dios es nuestro Padre; porque esa gloria y grandeza de Dios, de la cual nos sentimos enamorados por el don de Piedad, nos lleva lógicamente a honrar a todo aquel que participa de la grandeza y de la gloria de Dios. Y todo cristiano y todo hombre que no está condenado posee una participación de esa grandeza divina, o, por lo menos, está destinado a poseerla.

Por consiguiente, el don de Piedad nos lleva a mirar en todos los hombres nuestros hermanos, nos hace sentir la fraternidad de los hijos de Dios.

¿No recordamos que cuando Francisco de Asís no había encontrado aún su verdadero camino, cuando, conforme a las tendencias de su época, soñaba en la gloria como un caballero andante y pensaba en realizar alguna empresa gigantesca, un día, al acercársele un leproso, tuvo un movimiento sobrenatural en su alma y lo abrazó, y en aquellos momentos recibió una revelación, la revelación de la fraternidad humana?

Entonces comprendió y sintió que todos los hombres somos hermanos. Fue un efecto maravilloso del don de Piedad.

Y así, por este don altísimo, vemos en Dios a nuestro Padre, y en los demás a nuestros hermanos, y entonces cumplimos los deberes que tenemos con ellos, no en la medida de una justicia estricta, sino con la verdad de un afecto inmenso que se lleva en el alma.

¿Acaso un hijo bien nacido, para honrar a sus padres, se pone a considerar hasta dónde ha de limitar su generosidad? ¿Acaso, cuando se tiene el espíritu de familia y se aman los hermanos entre sí, andan midiendo lo que puede hacer cada uno de ellos por los demás? Con razón dijo santo Tomás: «El amor no tiene medida; la medida del amor es no tenerla». Y cuando no es el deber, sino el amor el que inspira nuestros actos, rompemos los moldes, quitamos todas las medidas y derramamos nuestro corazón de una manera amplia y generosa.

Así es el don de Piedad. Por el don de Piedad el alma se entrega a Dios y se entrega a los demás sin reservas, con toda la generosidad, con toda la amplitud de un amor sobrenatural y divino.

* * *

Para que acabemos de comprender lo que es este don de Piedad, quiero señalar algunos de los efectos principales que produce en las almas cuando ha alcanzado este don su perfecto desarrollo.

Por parte de Dios, o por lo que ve a Dios, el don de Piedad nos inspira sentimientos de confianza y nos mueve a entregarnos a Él. Un hijo tiene confianza en su padre, un hijo le entrega su corazón a su padre; así, el alma, bajo el influjo del don de Piedad, tiene en Dios una confianza inmensa y se le entrega de una manera total.

¿Recordamos el maravilloso camino descubierto por santa Teresa del Niño Jesús en nuestros días? Digo descubierto, en el sentido en que puede haber descubrimientos en las cosas espirituales. Hace más de diecinueve siglos que está escrita en el Evangelio esta frase sublime: «Si no os hicieris como niños, no entraréis en el Reino de los cielos». Era el camino de la Santa Infancia Espiritual, pero nadie había comprendido y expuesto y practicado la doctrina del Evangelio contenida en esta frase como Teresa de Lisieux.

Sin duda que para formar su fisonomía dulcísima y heroica contribuyeron muchas virtudes y muchos dones, pero encuentro marcadísima la huella del don de Piedad en ese camino de la Santa Infancia. Hacerse como niño, ¿no es sentir hondamente nuestra filiación divina? Decía la santa que como ella era moderna quería que también en el orden espiritual hubiera grandes descubrimientos, como los hay en el material; que quería subir a Dios y llegar a la perfección en un elevador; si hubiera vivido unos pocos años más, hubiera dicho que en un aeroplano; pero en su tiempo no había sino elevadores. Y ese elevador espiritual eran los brazos de Jesús. Se sentía como una niña en los brazos de su padre. Y ¡cuántas veces repitió esa comparación! ¿No dijo, cuando la pusieron de auxiliar del Noviciado, que ella se colgaría del cuello de Jesús como un niño

se cuelga del cuello de su padre? La confianza ilimitada que Teresa de Lisieux tenía en Dios era confianza filial; aquella entrega absoluta por la cual ponía en las manos de Dios todo lo que tenía y todo lo que era, era consencuencia del don de Piedad.

* * *

Y en los altos grados de este don, el Espíritu Santo infunde en las almas que lo poseen el anhelo de unirse con Jesucristo, Víctima para expiar los pecados del mundo y para cooperar a la gloria de Dios.

En el fondo es una enseñanza cristiana que todo el que comulga, no digamos los sacerdotes que ofrecemos ministerialmente el sacrificio del altar, sino el simple cristiano que comulga, participa del sacrificio de Jesucristo. Y participando de ese sacrificio, todos debemos tener en nuestro corazón los mismos sentimientos que el Corazón de Jesús. Debemos, por tanto, sentir, cuando comulgamos, el anhelo que siente el Corazón de Jesús por glorificar al Padre y por expiar los pecados del mundo.

Las almas que viven bajo el régimen del don de Piedad, en los altos grados de ese don, experimentan de una manera divina, honda, eficacísima, los mismos sentimientos que Jesús tuvo en su Corazón al ofrecer el sacrificio del Calvario y el sacrificio del Cenáculo, y anhelan unir sus propios sufrimientos con los sufrimientos de Jesús y ofrecerlos con ellos y llevar en su corazón un eco de aquel anhelo inmenso y divino que Jesús tuvo en su alma cuando se ofreció como Víctima por los pecados del mundo.

* * *

Y en cuanto a los actos que son propios de este don, en los referentes a las criaturas, en el primer grado del don, el alma se comunica generosamente a los demás.

En el segundo grado ya no es la generosidad que da lo superfluo, sino la que da hasta lo necesario. ¿No recordamos una frase del apóstol san Pablo, frase extraña, frase audaz: «Yo desearía ser anatema por mis hermanos?». Como que llegaba el Apóstol a sentir el anhelo de perder los dones divinos para dárselos a los demás; ¡generosidad extraña!, ¡generosidad sin límites que procede del don de Piedad!

El último grado de este don, particularmente en aquellas almas que están dedicadas a la vida apostólica, consiste en entregarse sin reserva, en darlo todo y en darse a sí mismas por los demás. El apóstol san Pablo experimentó maravillosamente este afecto del don de Piedad cuando dijo: «*Ego libentissime impendam, et superimpendar ipse pro animabus vestris*». (Yo daré con gusto todo y me gastaré a mí mismo por vuestras almas) [11].

Y es que el don de Piedad, como que brota de la caridad, como que es una efusión del Espíritu de adopción, no tiene medida, no tiene las normas estrechas y rígidas de las virtudes, sino que rompe los moldes, y, en un arranque de santa generosidad, las almas que poseen desarrollado el don de Piedad lo dan todo y se dan a sí mismas para el provecho de los demás.

* * *

Yo tengo para mí que cada uno de los dones que expongo, aun cuando lo haga con brevedad, aun cuando solamente señale algunos rasgos del don, aun cuando mi torpe palabra no puede expresar ni toda su hermosura ni toda su grandeza, yo tengo para mí que cada uno de los dones que expongo significa nuevos horizontes que abro a las almas, como que las hago asomarse a un mundo desconocido y misterioso, pero bellísimo, santo, divino.

Así es, en verdad; cuanto más se sube en el conocimiento de las cosas divinas mayor asombro se produce en nuestra alma. Hay en el mundo sobrenatural cosas que apenas sospechamos, y cuando logramos vislumbrarlas, sentimos que nos levantamos un poco de la tierra y que nuestros ojos atónitos alcanzan a entrever en la excelsitud de las cumbres la grandeza de Dios.

Bastaría este efecto para justificar que trate de cosas tan altas. En realidad, son verdades altísimas las relativas a los dones del Espíritu Santo. Pero, ¡si esos dones los tenemos todos! Es como si un filósofo nos hablara de algunas cosas hermosísimas y misteriosas que se realizan en nuestro organismo, cosas desconocidas para los que no están iniciados en esa ciencia, pero hermosísimas. Nadie podría desentenderse de esas cosas juzgándolas muy altas; quizá sea difícil entenderlas, pero es algo que se verifica en nuestro organismo y que tiene, por consiguiente, vivísimo interés para nosotros.

De la misma manera, los dones del Espíritu Santo los tenemos todos. El pecador que después de muchos crímenes, arrepentido, encuentra la absolución de sus culpas en la penitencia, ya tiene los dones; porque no se puede tener la gracia sin los dones, ni se puede tener la gracia sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo se separa nunca de sus dones.

Nosotros tenemos esas maravillas. Si no alcanzan en nuestras almas su desarrollo perfecto, quizá sea culpa nuestra; pero aun cuando no fuera culpa, es deficiencia nuestra. Mas nosotros tenemos esos preciosos instrumentos del Espíritu Santo en nuestras almas.

¡Si atendiéramos más las inspiraciones divinas! ¡Si entráramos más de lleno en la vida espiritual! ¡Si nos dejáramos arrebatados por la belleza de este mundo desconocido y misterioso! En nuestros pobres corazones se realizarían maravillas semejantes a las que se realizan en los corazones de los santos.

Quiera el Espíritu divino derramar su luz en nuestras almas, tocar nuestros corazones, revelarnos el mundo de la santidad y de la gracia, para que amemos más y más al divino Espíritu, para que nos dejemos conducir por sus mociones santas y para que, guiados por Él, penetremos en ese mundo desconocido y misterioso, mundo de luz y de amor y de generosidad y de elevación; mundo que no se compra ni se vende; en aquel mundo eterno y dulcísimo en donde esperamos ser perpetuamente felices en el seno de Dios.

8 *Rom.*, VIII, 15.

9 *Ps.* CXV, 12.

10 *Apoc.*, XI, 17.

11 *II Cor.*, XII, 15.

V. LOS DONES INTELECTUALES EN GENERAL

Vimos en los capítulos anteriores cómo los tres primeros dones del Espíritu Santo pertenecen a la parte afectiva de nuestro ser; los dos primeros, el don de Temor de Dios y el don de Fortaleza, rigen nuestra sensibilidad; el don de Piedad dispone nuestra voluntad para que tengamos dignas y santas relaciones con los demás.

Los cuatro dones del Espíritu Santo de que me resta hablar son dones intelectuales; esos cuatro dones tienen por fin perfeccionar nuestra inteligencia e introducirnos hondamente en el conocimiento sobrenatural.

A primera vista, llama la atención que la mayor parte de los dones sean intelectuales, pero comprenderemos el motivo de ello si nos damos cuenta de la importancia que tiene la inteligencia humana en nuestra vida.

En primer lugar, es la facultad más alta, es la que rige a todas; la misma voluntad, que tiene tanta importancia, sobre todo en el orden moral, está sujeta a la inteligencia. Por tanto, si esta facultad excelsa ha de regir a las demás facultades, es natural que sea especialmente excitada y perfeccionada por las santas mociones del Espíritu Santo.

En segundo lugar, el conocimiento sobrenatural tiene una importancia capital en la vida cristiana. ¿No recordamos que Jesucristo dijo en una ocasión: «*Haec est vita aeterna: ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum*». (Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste)?[12]. La parte esencial de la vida espiritual está también en el conocimiento de Dios, en el conocimiento de Jesucristo y en el conocimiento de todos los misterios del Reino de los cielos, sobre todo cuando ese conocimiento es profundo, es íntimo, es eficaz.

Y hasta la imperfección de la virtud teologal de la fe, que es oscura, explica que vengan muchos dones, por decirlo así, en auxilio de ella, para colmar sus deficiencias, para robustecerla en nuestra alma.

* * *

Antes de tratar de cada uno de estos dones, quiero señalar los caracteres generales de ellos.

Los dones intelectuales son cuatro, como dije desde el principio, que corresponden perfectamente a los hábitos que, según los filósofos, existen en nuestra inteligencia, porque, como santo Tomás de Aquino ha expuesto de una manera admirable, «la gracia está fundada sobre la naturaleza». Hay una correspondencia, un paralelismo maravilloso entre las cosas espirituales y las cosas humanas, puesto que la naturaleza y la gracia tienen una misma fuente y emanan de un mismo principio. Dios, que formó nuestra naturaleza, es también el autor de la gracia; y como todo lo hace admirablemente, ha adaptado con perfección las cosas espirituales a las exigencias legítimas y nobles de nuestra naturaleza humana.

En nuestra inteligencia hay los *primeros principios*, que son la base de toda ciencia; la *ciencia*, que es conocimiento de las cosas por sus causas; la *sabiduría*, que es una ciencia más profunda que descubre las causas altísimas y últimas de las cosas, y la *prudencia*, que aplica todos los principios especulativos al orden práctico, a la dirección de nuestras propias acciones individuales.

Y a esos cuatro hábitos que existen en el orden natural corresponden admirablemente los cuatro dones intelectuales del Espíritu Santo: el don de Entendimiento, el don de Ciencia, el don de Sabiduría y el don de Consejo.

Pero como he dicho, antes de hablar de cada uno de ellos, debo marcar los caracteres generales de estos dones intelectuales.

* * *

En primer lugar, en esta vida todos los dones intelectuales se fundan sobre la fe.

Ya sabemos lo que es la fe, una virtud por la cual conocemos todo lo que Dios nos ha revelado, fundándonos en su autoridad divina; es la luz que ilumina los senderos del destierro; es como la lamparita —dice el apóstol san Pedro— que brilla en un lugar tenebroso, mientras llega el día espléndido de la gloria, mientras que aparece en nuestras almas el lucero de la mañana.

En esta vida nosotros nos guiamos por la fe, y aun cuando los dones del Espíritu Santo hacen más brillantes y más profundamente conocidas las verdades de la fe, porque las iluminan con espléndidos fulgores, en el fondo la luz que sirve de base a los dones intelectuales para el conocimiento sobrenatural es siempre la luz de la fe.

Se me ocurre una comparación: la ciencia puede hacer de los rayos del sol muchas aplicaciones: los puede concentrar, los puede combinar, puede separar los distintos elementos que los componen, puede hacer con los rayos del sol grandes maravillas; pero en el fondo de todas esas experiencias está una sola realidad: la luz, la luz del sol. De una manera semejante, los dones del Espíritu Santo multiplican, afinan, transforman la luz espiritual de la fe, pero siempre es la misma luz la que irradia en todos los conocimientos sobrenaturales, siempre es la fe la lamparita que en la tierra nos alumbró mientras llega el día espléndido de la eternidad.

A veces, Dios deja caer, como destellos divinos, en las almas, la luz de la profecía, pero es algo rarísimo que solo se encuentra en almas escogidas y que tienen una misión

extraordinaria. La luz de la vida espiritual es la luz de la fe, y los dones del Espíritu Santo se fundan en ella.

En el cielo, los dones del Espíritu Santo continuarán, pero en aquella morada felicísima no será la fe, sino la visión beatífica, la visión espléndida de la patria, la que sirva de fundamento a los dones del Espíritu Santo; pero en la tierra, repito, todos los dones intelectuales se fundan en la fe y sirven precisamente, como dije antes, para corregir sus deficiencias y para descubrirnos la hondura de los divinos misterios.

Por la fe conocemos todas las verdades reveladas; pero por los dones del Espíritu Santo penetramos, por decirlo así, en el fondo de esas mismas verdades.

Me atreveré a poner una comparación, haciendo notar que tratándose de las cosas divinas, las pobres comparaciones humanas son siempre deficientes. Cuando una persona que es ignorante en una ciencia recibe alguna enseñanza relativa a esa ciencia de los labios de un hombre que la conoce a maravilla, y cuya probidad intelectual está fuera de duda, acepta dicha persona las verdades que se le proponen; no las penetra, pero asiente a ellas por la autoridad de aquel profesionalista, de aquel maestro. Pero si después de haberlas conocido por la autoridad del maestro puede ella, por decirlo así, asomarse al fondo de aquellas verdades y analizarlas y descubrir sus diversos aspectos y sus causas, entonces ya no solamente tiene la firmeza de la autoridad para adherirse a aquellas verdades, sino que también, por su propia inteligencia, ha podido penetrar en ellas.

Así acontece en el orden sobrenatural: por la fe conocemos todas las verdades que Jesucristo quiso revelarnos, conocemos los misterios del Reino de los cielos, sabemos todo lo que necesitamos para nuestra salvación, y lo sabemos por la autoridad de Dios, por la autoridad de la Santa Iglesia, establecida por Jesucristo. Pero cuando por medio de los dones del Espíritu Santo penetramos en esas verdades de la fe, entonces ahondamos en ellas, descubrimos su profundidad, apreciamos la armonía que existe entre unas y otras, tenemos un conocimiento íntimo, profundo, de esas verdades, aunque sin que se llegue jamás a la evidencia objetiva, porque en esta vida la fe nunca pierde su misteriosa oscuridad.

¿Qué diferencia entre el conocimiento que tenemos por la simple fe y el conocimiento que tiene un alma cuando está bajo el régimen de los dones intelectuales del Espíritu Santo! ¿Recordamos que san Francisco de Asís se pasaba las noches enteras repitiendo estas dos palabras: «Mi Dios y mi todo»? Esas dos palabras, para la mayor parte de nosotros, no alcanzarían a mantenernos atentos cinco minutos; ¿por qué bastaban para llenar las noches de oración de san Francisco de Asís? Porque las veía con la luz de Dios, porque los dones del Espíritu Santo le revelaban riquezas sobrenaturales en cada una de aquellas dos palabras.

Por la fe conocemos las verdades del orden sobrenatural basándonos en la autoridad de la Iglesia; por los Dones intelectuales penetramos en la profundidad de esas verdades, teniendo ya, por decirlo así, un conocimiento íntimo de ellas, aunque negativo, como se dirá después.

* * *

¿De dónde proviene este conocimiento más profundo y más íntimo que se tiene de las verdades por medio de los dones intelectuales del Espíritu Santo? Es importantísimo poder conocer la explicación de este fenómeno sobrenatural.

Hay dos maneras, enseña santo Tomás de Aquino, de conocer las cosas: una es por el discurso en sus diversas formas; la otra manera de conocerlas es como por una experiencia íntima, porque aquellas cosas no son connaturales.

El primer conocimiento es puramente intelectual; el segundo, por decirlo así, brota de las profundidades mismas del amor. El primer conocimiento lo podemos tener cuando leemos libros que nos explican los misterios de la fe, cuando escuchamos a los predicadores que iluminan esas verdades; es un conocimiento que puede ser más o menos amplio, más o menos perfecto, pero un conocimiento de pura luz. Pero hay otro conocimiento que brota del amor, que es propio de las almas que aman. Porque aman están unidas con Dios, y en esa unión estrechísima que el amor realiza conocen las cosas divinas por una dulce e íntima experiencia de ellas.

Este segundo medio de conocer es el propio de los dones del Espíritu Santo.

Se refiere que un Hermano lego franciscano le dijo en cierta ocasión a san Buenaventura, el Doctor Seráfico: «¡Ah!, dichosos vosotros, los hombres doctos, que podéis amar a Dios mucho más que nosotros, los ignorantes». Y san Buenaventura le dijo: «No, no es la doctrina, no es la ciencia alcanzada en los libros la que mide el amor: una pobre viejecita ignorante puede amar más a Dios que un gran teólogo, si está más unida a Dios». Y el Hermano lego comprendió la lección, y salió, entusiasmado, por las calles, gritando: «¡Viejecita ignorante, tú puedes amar a Dios más que el maestro fray Buenaventura!».

Y así es, en verdad; hay un conocimiento que se mide por el amor.

En el orden sobrenatural, lo propio, lo lógico, es que del conocimiento brote el amor; en el orden sobrenatural, aun cuando de alguna manera se observa esa regla de psicología natural, también del amor nace la luz, también del amor nace el conocimiento; el que más ama, más conoce, y toda la historia de los santos lo ha comprobado. ¡Cuántos ha habido ignorantes que, sin embargo, hablan de las cosas espirituales y divinas mejor que los letrados! Es que aman, es que del fondo de su amor procede su conocimiento.

Aun en el orden natural, el amor es un acicate poderoso para el conocimiento; cuando amamos una ciencia con entusiasmo, el amor, como que pone en juego todas nuestras facultades, como que fija nuestra atención, como que hace que sean más intensos y fructuosos los esfuerzos que hacemos por conocer aquella ciencia. En el orden natural, una madre, ya lo decía en uno de los capítulos anteriores, tiene conocimientos intuitivos y maravillosos sobre sus hijos, parece que adivina sus pensamientos, parece que vislumbra lo más profundo de su corazón. Es que ama, es que el amor establece tal proporción, tal armonía entre los seres que se aman, que parece que son una sola cosa.

Y en virtud de esta armonía admirable, realizada por el amor, basta, por decirlo así, penetrar en nuestro propio corazón para comprender el corazón amado.

Pero en el orden sobrenatural, esto es todavía más perfecto; la caridad, esa virtud reina que enlaza y da vida a todas las virtudes, nos une con Dios hasta el grado de que

podemos decir que nos hace una sola cosa con Él: «*Qui adhaeret Domino, unus spiritus est*» (El que se adhiere a Dios se hace un solo espíritu con Él), dice el apóstol san Pablo[13]. La expresión es audaz, pero tiene su fundamento. En otra ocasión, ¿no dijo el mismo Apóstol: «Yo ya no vivo, vive Cristo en mí»?

El amor realiza la unión perfectísima, y cuando la caridad nos une con Dios de tal manera que somos como un solo espíritu con Él, entonces conocemos las cosas divinas por una dulce experiencia. A la manera que nosotros sentimos lo que se verifica en el fondo de nuestro ser, a la manera que no necesitamos razones para descubrir los íntimos sentimientos de nuestro corazón y los pensamientos de nuestro espíritu, sino que por una experiencia íntima conocemos lo que se verifica en nosotros, así las almas que están íntimamente unidas con Dios por la caridad tienen un conocimiento que brota del amor; lo conocen por una dulce, por una íntima experiencia, como si encontraran en el fondo de su propio ser los elementos necesarios para conocer a Dios.

Esta es la profunda explicación de los dones intelectuales; esos dones nos dan un conocimiento nuevo, un conocimiento íntimo, a veces dulcísimo, de las cosas divinas. ¿Por qué? Porque las almas que poseen ese conocimiento aman; de las profundidades del amor brota la luz, una luz divina, una luz celestial.

Cuando san Francisco de Asís pasaba las noches diciendo: «Mi Dios y mi todo», era porque de las profundidades de su amor seráfico brotaba la luz espléndida de los dones que iluminaban los arcanos de Dios. Y ¡cuántos de esos ejemplos tenemos en las vidas de los santos! Santos ha habido que no podían alejarse de los pies del Sagrario, parecían arrobados, contemplando cosas celestiales, con su espíritu fijo en aquel Sagrario en donde está Jesús. Es que amaban, es que del fondo de su amor brotaba la luz espléndida de los dones, particularmente, como lo diré a su tiempo, del don de Sabiduría, el más alto, el más profundo y, si se puede decir así, el más divino de los dones. Pero todos los dones intelectuales participan de este carácter, todos nos hacen conocer por qué: porque amamos. La luz de los dones del Espíritu Santo es una luz que brota del amor.

* * *

Pero no pensemos por esto que los dones del Espíritu Santo nos hacen reconocer a Dios de una manera perfecta, como lo hemos de conocer en el cielo, no; los dones del Espíritu Santo, aquí en la tierra, como lo expliqué ya, se basan sobre la fe, y, a pesar de que penetran las verdades y de que las iluminan celestialmente, conservan siempre cierta oscuridad que no desaparecerá nunca en el destierro. En la Patria, allá sí, los dones intelectuales, iluminados por la luz de la gloria, carecerán de toda oscuridad y vendrán a completar nuestra felicidad.

En la tierra, el conocimiento que los dones nos dan de las cosas divinas, sobre todo de Dios mismo, es negativo; más que saber lo que Dios es, sabemos lo que no es. Dice santo Tomás de Aquino que el mayor conocimiento que podemos tener de Dios en este mundo es comprender que está por encima de nuestros pensamientos y de nuestras

palabras; saber que nuestras pobres fuerzas no alcanzan a captar perfectamente a Dios, que Dios es algo más grande de lo que pueden expresar nuestros labios, más grande de lo que puede concebir nuestra inteligencia, esa es la suprema revelación que podemos tener de Dios.

Por eso, el conocimiento altísimo de Dios que llegan a tener los místicos, lo llaman «la divina tiniebla». Es una oscuridad, pero una oscuridad más espléndida, más luminosa que todas las formas de la sabiduría de la tierra.

Apenas encuentro comparaciones humanas para expresar este carácter del conocimiento de los dones; pero pienso que hay alguna lejana analogía entre esto que estoy explicando y lo que a veces experimentamos en nuestra vida. Cuando vemos algo grande, algo sublime, ¿no es verdad que no alcanzamos a definir lo que contemplamos, lo que sentimos, y que precisamente porque es indefinible nuestro pensamiento, nuestra sensación, por eso es más grande? Cuando contemplamos la inmensidad del mar, ¿no sentimos una impresión hondísima, precisamente porque ni nuestros ojos y quizá ni nuestra imaginación alcanzan a comprender la inmensidad del océano? Cuando en una noche estrellada levantamos nuestra vista a los cielos y vemos ese espacio inmenso en donde a distancias enormes, fantásticas, ruedan astros colosales, sentimos una impresión de dulce estupor. Es demasiado grande lo que vemos, y precisamente por eso nos seduce; si no fuera tan grande, si pudiéramos medir lo que vemos, no experimentaríamos la dulce, la honda, la sublime impresión de lo sublime.

Y lo mismo acontece cuando contemplamos un rasgo heroico del orden moral; nos llenamos de asombro. Y esas grandes impresiones de nuestro espíritu no las podemos definir, tienen algo de negativo; y precisamente porque lo tienen, nos llenan, nos satisfacen, parecen corresponder a ese anhelo de infinito que llevamos en el fondo de nuestra alma.

En el conocimiento que producen en nuestro espíritu los dones intelectuales del Espíritu Santo no hay discurso, sino intuición. El discurso es algo humano, la intuición es algo angélico, o, más bien, algo divino. Y por el conocimiento de los dones se tienen intuiciones.

Hay como un vestigio de ese conocimiento en el orden natural; ¿no se dice de un hombre que ha profundizado una ciencia y que está familiarizado con ella que tiene ojo, el ojo clínico, el ojo artístico? ¿Qué otra cosa significa sino que en el orden natural ha llegado a esa excelsitud, a esa altura en donde está la intuición? El que tiene ojo no analiza, no discurre, ve; tiene una intuición que le hace comprender más que lo que puede hacer comprender el discurso.

Y aun santo Tomás asegura que en el orden natural también hay mociones de Dios semejantes a las mociones del Espíritu Santo en el orden sobrenatural; el artista que tiene verdadera inspiración, cuando está inspirado es movido por Dios, y tiene espléndidas intuiciones; se verifica lo que decía un poeta:

Est Deus in nobis,
agitante calescimus illo.

(Hay en nosotros un Dios, y agitados por Él, sentimos su divino calor).

En el orden sobrenatural, por los Dones del Espíritu Santo se tienen estas profundas intuiciones; el alma que está bajo el imperio de los Dones no analiza, no discurre, ve; tiene intuiciones; y en un punto, en una intuición, ve maravillas. Lo que no acertaría a comprender por una serie de discursos y por la lectura de obras eruditísimas, lo alcanza a comprender en la mirada profunda que el Espíritu Santo produce en ella.

* * *

¿No es verdad que el mundo espiritual es un mundo de maravillas? Y apenas tocamos los dinteles de ese mundo divino, apenas logramos vislumbrar las maravillas que en él se realizan; pero cada vez que nos acercamos a ese mundo celestial y que con ojos atentos vislumbramos las maravillas que hay en él, sentimos que es un mundo maravilloso, como que es el mundo divino.

Pluguiera a Dios que viéramos en ese mundo, que dejáramos esta pobre tierra, tan llena de vicisitudes, henchida de cosas prosaicas, en donde a cada paso tropezamos, en donde a cada paso encontramos el dolor y la pena. ¡Si pudiéramos elevarnos! ¡Quién pudiera tener esas alas poderosas para levantarse de las cosas de la tierra, de sus miserias, de su prosaísmo, para subir a las alturas, para llegar a las cumbres excelsas, en donde se mira de hito en hito el sol y en donde nuestro pobre espíritu se baña con la luz espléndida de Dios!

12 *Ioan.*, XVIII, 3.

13 *Cor.*, VI, 17.

VI. DON DE CONSEJO

Dicen los teólogos que Dios no falta en lo necesario ni abunda en lo superfluo, porque todas las cosas las ha hecho con número, peso y medida; en todas ella brilla su sabiduría perfecta e infinita; cada uno de los seres creados por Dios, si se estudian cuidadosamente, son una maravilla, Nuestro organismo, ¿no es una maravilla estupenda? Cuanto más se le conoce, cuanto más se le estudia, se descubren en él leyes sapientísimas, órganos para todas las necesidades, actividades múltiples, recursos verdaderamente prodigiosos.

Y con mayor razón, en el orden sobrenatural, Dios no falta en lo necesario. Con admirable sabiduría dispone todo en el mundo espiritual y, en cierta manera, divino; de tal suerte que no hay campo alguno de la vida espiritual en el que Dios no haya provisto a nuestras necesidades de una manera verdaderamente admirable. Y como lo hice notar en uno de los capítulos anteriores, la obra de la gracia la estableció el Señor sobre la obra de la naturaleza, de tal suerte que entre las cosas de un oden y las del otro hay maravilloso paralelismo, admirable armonía.

En cada una de las formas de actividad que hay en nosotros, Dios proveyó; en el orden natural, con las facultades y los sentidos; en el orden sobrenatural, con las virtudes y los dones.

Lo hemos visto en el examen rapidísimo que hemos hecho hasta aquí de los dones del Espíritu Santo. Toda forma de actividad que exige una moción de la razón tiene también su don propio, por el cual el Espíritu Santo mueve en aquella forma la actividad conforme a las reglas altísimas, imprimiendo a nuestros actos un modo divino.

En el capítulo anterior hablé, en general, de los dones intelectuales, como una preparación para tratar del primer don intelectual, del cual voy a ocuparme ahora, y que es el que está más próximo a los dones afectivos, el que dirige a los dones de Temor de Dios, de Fortaleza y Piedad; me refiero al don de Consejo.

* * *

Hay en nuestra inteligencia una forma de actividad profundamente práctica. Nosotros, para hacer una acción realizamos un proceso mental, con el fin de examinar

con cuidado no solo la licitud en general de la acción que vamos a realizar, sino su conveniencia, su oportunidad, dadas todas las circunstancias en las cuales nos encontramos.

De ordinario, no nos damos cuenta de este proceso, como no nos damos cuenta tampoco del proceso que sigue nuestro alimento en el aparato digestivo hasta llegar a ser asimilado por el organismo. Precisamente porque estamos habituados a usar de nuestra inteligencia para arreglar nuestras acciones, de ordinario pasa inadvertido todo el proceso que se desarrolla en nosotros para llegar a ese fin; pero en ciertas circunstancias especiales de nuestra vida, cuando la acción es más difícil o más complicada, cuando no se ve, desde luego, con claridad lo que en una ocasión determinada debe hacerse, entonces, por ser aquel proceso más intenso, nos damos cuenta de él.

Y si con atención lo examinamos, veremos que no es cosa tan fácil determinar lo que en esas circunstancias se debe hacer; es preciso conocer minuciosamente las circunstancias del momento, darnos cuenta de la licitud del acto que vamos a realizar, de su conveniencia y oportunidad, y analizamos, reflexionamos, recordamos lo pasado para guiarnos en lo presente y hasta para prever, en cierta manera, el porvenir. Y ¡cuántas veces, después de que hemos reflexionado mucho y analizado mucho, no acertamos a comprender lo que será conveniente hacer en los momentos presentes, sino que acudimos a una persona ilustrada y llena de experiencia para que nos aconseje lo que debemos hacer! Cosa difícil son nuestras acciones concretas, individuales, sobre todo en ciertas ocasiones, en ciertas circunstancias.

Para eso, para poder determinar con exactitud lo que en cada caso particular debe hacerse, hay en el orden natural la *prudencia*, en el orden sobrenatural una virtud infusa que lleva también el mismo nombre.

La prudencia no es el conocimiento especulativo de las cosas ordinarias espirituales; es la aplicación de esos conocimientos y de esos principios generales a casos concretos, con las circunstancias de tiempo, de lugar, de modo, etc. La virtud de la prudencia es una virtud difícil, y no digamos la prudencia que se necesita para regir a los demás, sino aun esa modesta prudencia que es indispensable para regirnos a nosotros mismos. Es cosa difícil, porque al mismo tiempo que debemos mirar hacia arriba para obrar conforme a principios y reglas muy altas, necesitamos bajar y tocar con nuestra planta esta tierra prosaica para darnos cuenta de todas y de cada una de las circunstancias que rodean al acto que vamos a realizar; cosa difícil es, y más en ciertos casos en que deben intervenir diversas virtudes.

Yo me imagino la prudencia como el director de un gran orfeón, en donde hay múltiples voces, cada una de ellas lleva su propia melodía, y el director debe marcar, con su acertada batuta, el momento en que cada una de aquellas voces debe entrar, los matices que debe dar a la melodía, etcétera. En una palabra, debe regir el conjunto y establecer la armonía entre todas aquellas voces para que formen un todo unido y concertado.

Así me figuro a la prudencia; la prudencia dirige —en cierta manera— a las demás virtudes, le marca a cada una de ellas su oportunidad, su grado, su matiz, y dice cómo y

cuándo debe emplearla el hombre. Y así la prudencia viene a realizar una armonía maravillosa en nuestra vida; es, pues, una virtud profundamente estética.

* * *

Pero en esta materia, como en todas las demás de la vida espiritual, la virtud no basta, tiene sus deficiencias, porque tiene un modo humano. ¡Cuánto he repetido esta diferencia que existe entre las virtudes y los dones! Las virtudes, regidas por la razón, llevan su sello, sello de imperfección; los dones, manejados por el Espíritu Santo, tienen un sello divino, un sello de perfección.

Tratándose de la prudencia, en otro capítulo cité las palabras de la Escritura, que con dos rasgos nos da a conocer las imperfecciones de la prudencia humana: «Los pensamientos de los mortales son tímidos e inciertos». *Timidez e incertidumbre*, he aquí los caracteres de la prudencia, de la prudencia que es solamente virtud. ¡Timidez! ¡Qué difícil es unir la prudencia con la audacia! Hay hombres audaces, pero que se olvidan de la rectitud de la prudencia; y hay hombres que parecen prudentes, pero que tienen una prudencia tan limitada y tan tímida que no se atreven a acometer las cosas audaces que deberían hacer. Los propósitos humanos son así, tímidos, como es propio de un ser imperfecto que no alcanza a prever lo futuro, que no puede examinar profundamente lo presente, que no acierta a aplicar los conocimientos de lo pasado para asegurar el presente y el porvenir.

Y al mismo tiempo nuestras providencias son inciertas; en cualquier asunto, y singularmente en las cosas espirituales, ¡qué difícilmente llegamos a la firmeza y a la seguridad! Disponemos y arreglamos las cosas sin tener seguridad de que alcanzaremos el resultado apetecido; nuestras providencias son inciertas, son azarosas; podrán dar resultado o no.

Tales son los caracteres de la prudencia humana: timidez e incertidumbre.

Por eso no bastaría la prudencia humana, la prudencia sobrenatural misma; la prudencia virtud no sería suficiente para conducirnos hasta las alturas de la gloria. ¡Es la vida humana tan complicada, tan difícil; son tan tortuosos los caminos por donde debemos llegar a la perfección! ¡Encontramos tantas penalidades, tantas dificultades, tantas contrariedades en nuestra vida, que si no tuviéramos otra dirección que la pobre prudencia humana, no acertaríamos a llegar al término!

* * *

Pero Dios, que no falta en lo necesario, nos ha dado un don; y por él el Espíritu Santo se convierte en nuestro guía, y, a la manera que el arcángel Rafael condujo a Tobías en su larga peregrinación, el Espíritu Santo, que habita en nuestras almas, nos guía por los senderos tortuosos y complicados de la vida hasta que alcancemos nuestra perfección en el seno inefable de Dios.

Esa prudencia superior, esa prudencia divina, esa prudencia que es fruto de una moción del Espíritu Santo, es lo que se llama el *don de Consejo*.

Notemos que no conserva el mismo nombre que la virtud; en la Fortaleza, sí, la virtud y el don se llaman de la misma manera: virtud de Fortaleza, don de Fortaleza; pero la prudencia virtud y la prudencia don reciben diversos nombres. El don se llama, especialmente en las Escrituras, con este nombre: *Consejo*.

Y se explica, porque esa prudencia que nosotros recibimos con ese don no es una prudencia que brota, por decirlo así, de las profundidades de nuestra inteligencia; es una prudencia que nos viene de arriba, que nos viene de un Ser superior, que el Espíritu Santo nos comunica. A la manera que, cuando no acertamos a saber lo que en un caso determinado debemos hacer, le preguntamos a una persona más ilustrada para que nos aconseje, así, el Espíritu Santo, por este don, nos aconseja.

Pero su consejo no es un consejo pasajero, como los consejos humanos; no: es una luz que nosotros tenemos, es un don; por él, el Espíritu Santo nos mueve y nos guía de una manera segura, sin timidez ni incertidumbre, por los tortuosos senderos que nos conducirán a la Divinidad.

* * *

Se comprende la diferencia que hay entre la prudencia virtud y el don de Consejo; la prudencia es regida por la razón; el don de Consejo, movido por el Espíritu Santo. La prudencia pone un modo humano en nuestros actos: incertidumbre y timidez; el Espíritu Santo pone un modo divino en los actos que proceden del don de Consejo.

La tercera diferencia quiero explicarla más pormenorizadamente: tienen distintas reglas la virtud y el don.

La norma de la virtud es la recta razón iluminada por la fe; lo que la recta razón iluminada por la fe nos enseña viene a servirnos de norma para que sepamos si en estos precisos momentos debemos hacer tal o cual acción. La norma del don es una norma más alta, es una norma divina, es la razón eterna, que es la norma de Dios.

En las acciones humanas, la norma de la virtud es también humana, aun cuando elevada a una categoría sobrenatural; la norma del don es divina.

Me esforzaré por explicar esta diferencia; prácticamente lo podemos ver; los santos han llegado a hacer a veces cosas que nos llenan de asombro y hasta de estupor. Santa Catalina de Sena, ¿no pasaba Cuaresmas enteras sin comer otra cosa que la Santa Comunión? Ante la prudencia humana, eso no puede justificarse; la recta razón nos pide que llevemos a nuestro organismo el alimento necesario, nos pone coto, nos prohíbe esos excesos; pero al mismo tiempo no tolera las deficiencias en la mortificación.

Se necesita buscar el término medio de la virtud. Pero santa Catalina de Sena hacía esta obra admirable por un instinto superior, por una norma divina: no veía la regla de la razón, veía la regla altísima de la voluntad de Dios.

Imaginémonos que nosotros pudiéramos asomarnos a la mente divina para descubrir en aquel espejo infinito de luz lo que conviniera hacer en cada caso determinado; así como aquí, en la tierra, a veces, cuando preguntamos a una persona erudita y experimentada lo que debemos hacer en tal caso determinado, pudiéramos

decir que nos asomamos a su inteligencia, profunda e ilustrada, para encontrar allí la norma de lo que vamos a hacer. Así es lo que pasa con el don de Consejo; por él el Espíritu Santo nos comunica lo que debemos hacer en cada momento de nuestra vida, como si nos asomáramos a la mente divina, y allí, en aquel espejo espléndido y celestial, viéramos la clave de nuestras acciones, la norma conforme a la cual debemos disponer nuestros actos.

Y es natural que cuando obramos bajo el régimen del don de Consejo nuestras decisiones sean rápidas, sean seguras, sean audaces. ¡Con qué audacia proceden los santos, con qué seguridad, con qué rapidez! Es que no los aconsejan los hombres, no siguen el dictamen de su propia razón, tienen una norma más alta: es la razón eterna, es la mente de Dios la que ilumina sus espíritus y la que les marca el camino que deben seguir.

Si queremos un ejemplo viviente de lo que es un hombre regido por el don de Consejo, allí tenemos a san Francisco de Sales, el santo de la discreción. El tomó como lema la fórmula de la prudencia: «*Neo plus nec minus*» (Ni más ni menos). Ese era el lema de su escudo episcopal. El término medio de la prudencia, la armonía perfecta, fue su carácter, fue su sello. Pero para llegar a ser el santo de la discreción, tengamos por cierto que no bastó la prudencia humana; fue necesaria una prudencia superior, el don de Consejo.

Y en muchísimos hechos de los santos pudiéramos encontrar el influjo, la huella del don de Consejo. ¿Cómo hubiera podido —por ejemplo— san Vicente Ferrer realizar los milagros con la naturalidad con que los realizaba, si no hubiera sido guiado por el don de Consejo? Tenía hasta fórmula para hacer milagros; y a la manera que en nuestras fórmulas dejamos un hueco para llenarlo con aquello que se trata de hacer, así el santo decía algunas palabras del Evangelio, era su fórmula, y después agregaba: «En nombre de Jesucristo», ya sea curar, o resucitar, o andar, o el milagro que quisiera realizar; y los hacía al pasar, como una acción sin importancia.

Si cualquiera de nosotros quisiera imitar a san Vicente Ferrer y tratara de hacer milagros, cometería una acción enteramente imprudente. Él, sin embargo, lo hacía así porque el Espíritu Santo lo movía, porque estaba de una manera singular bajo el régimen del don de Consejo.

* * *

En este don, como en todos, se dan grados.

En el primer grado, el hombre acierta con rapidez, con seguridad, en hacer todo lo que es la voluntad de Dios en las cosas necesarias para la vida espiritual. No es, quizá, tan sencillo tener esta seguridad; cuántas veces acontece que es más difícil, quizá, que cumplir la voluntad de Dios el conocerla. ¿No nos hemos encontrado muchas veces en algunas circunstancias singulares en las que no acertamos a decir con precisión cuál es nuestro deber en aquellos momentos? ¿Qué es lo que Dios quiere que hagamos en aquellas circunstancias?

Cuando conocemos la voluntad de Dios nos cuesta trabajo a veces seguirla; pero muchas veces nos cuesta más trabajo conocer esa divina voluntad. Por el don de Consejo la conocemos de una manera rápida y segura.

Indudablemente que el don de Consejo se necesita para dirigir y ordenar todas aquellas acciones que brotan de los mismos dones. Los dones, simultáneamente, obran en nosotros, o, más bien, el Espíritu Santo nos hace obrar simultáneamente por medio de sus dones, y hasta es indispensable en nuestra vida espiritual, en diversas ocasiones, que cooperen diversos dones; a la manera que en nuestro organismo casi siempre se necesita la cooperación de muchos órganos y en nuestra alma la de varias facultades para determinada acción. Pero en este mundo de los dones, las acciones que proceden de ellos tienen que ser regidas por el don de Consejo.

Pero también influye el don de Consejo en las acciones comunes de nuestra vida, en aquellas que son regidas por la virtud ordinaria de la prudencia. A la manera que en una batalla el general que tiene a su cargo un sector especial de la batalla obra con libertad en aquel sector, pero recibe las órdenes de otro jefe más alto, así, la virtud de la prudencia rige nuestras acciones, pero recibe el influjo y la dirección de otro árbitro sobrenatural más excelente, que es el don de Consejo.

En el segundo grado, el don de Consejo nos muestra la voluntad de Dios, el camino que debemos seguir, no solo en las cosas necesarias de la vida espiritual, sino también en las cosas de consejo, en las cosas que no son absolutamente obligatorias, pero que son convenientísimas y utilísimas para llevarnos a Dios.

Y en el tercer grado, el hombre, como que se levanta de la tierra y vive en un mundo superior, la mano de Dios lo guía con seguridad, sin tropiezos, sin timidez, y el hombre va caminando por los senderos que Nuestro Señor le marca hasta llegar a la cumbre de la perfección a que Dios lo ha llamado.

* * *

¡Dichosas las almas que son guiadas por el Espíritu Santo en sus acciones! ¡Qué paz, qué seguridad, qué tranquilidad en esas almas! No tienen las incertidumbres de la vida humana.

¿No es verdad que una de las más grandes miserias de esta vida son nuestras incertidumbres? A cada paso encontramos una dificultad; ya lo dijo el sabio: «*Cunctae res difficiles*» (Todas las cosas son difíciles). Y de una manera especial lo son en el orden espiritual. A cada paso nos encontramos con dificultades. ¿Cómo salir de ellas? ¿Qué es lo que debemos hacer en estos momentos?

La Escritura me dice que hay tiempo de hablar y que hay tiempo de callar. ¿Yo debo hablar o debo callar en estos momentos? Hay tiempo de gozar y de sufrir. ¿Cómo saber con exactitud lo que a este minuto de mi tiempo corresponde?

¡Ah!, ¡cuántas incertidumbres en nuestra vida, cuántos titubeos, sobre todo cuando tenemos el espíritu recto y cuando no queremos desviarnos de los senderos marcados por Dios! Vuelvo a decirlo: ¡dichosas las almas que son conducidas por el Espíritu Santo en

medio de las vicisitudes de la vida, entre los tortuosos senderos de la tierra! ¡La mano de Dios las guía de una manera segura y llevan en su corazón la tranquilidad y la paz, porque llevan la luz, porque el Espíritu Santo las mueve, porque van, por decirlo así, bajo la sombra de sus alas caminando triunfalmente por los senderos de la vida que han de llevarlas a la dulce eternidad!

VII. DON DE CIENCIA

Si el orden natural es tan bello, tan perfecto, tan grandioso, más bello y grandioso y perfecto es, sin duda, el orden sobrenatural, como es más bella la estatua que el pedestal sobre el que se coloca, como es más rica la joya que el joyel en que se engarza. Si en el orden natural hay una gran riqueza de dones intelectuales para integrar, por decirlo así, el caudal de nuestros conocimientos naturales, en el orden sobrenatural, y sobre todo en esta cumbre altísima en la que imperan los dones, hay también múltiples y riquísimos dones del Espíritu Santo, por los cuales podemos tener un conocimiento profundo y perfecto en el orden divino.

En el orden natural, tenemos los hábitos de los *primeros principios*, de la *ciencia*, de la *sabiduría* y de la *prudencia*; y a cada uno de estos hábitos intelectuales, como lo he explicado ya, corresponden otros tantos dones del Espíritu Santo.

En el capítulo anterior traté del don de Consejo, que es una prudencia superior; quiero hablar en este del don de Ciencia.

Uno de los preciosos tesoros que poseemos en nuestro caudal intelectual es, sin duda, la ciencia, la ciencia que escruta el Universo, que profundiza en el fondo de todos los fenómenos y de todos los seres, y que al conocer las maravillas que Dios ha hecho en el orden natural, ha realizado descubrimientos asombrosos, sobre todo en nuestra época.

Pues bien, hay en el orden sobrenatural una ciencia más profunda, una ciencia vastísima y que lleva a cabo maravillosos descubrimientos: es lo que llama la Escritura la *ciencia de los santos*. Leemos en uno de los libros sapienciales: «*Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum*» (Dios condujo al justo por caminos rectos y le mostró el Reino de Dios y le comunicó la ciencia de los santos)[14]. La ciencia de los santos es esta ciencia divina, que es un don del Espíritu Santo.

Hay otra ciencia sobrenatural también: la *Teología*; es una ciencia que pudiéramos decir mitad divina y mitad humana, en la que se enlazan los grandes principios de la fe con las verdades sólidas de nuestra razón. Pero no es esta la ciencia de los santos; hasta un pecador puede ser teólogo. La ciencia de los santos es la ciencia de aquellos que poseen la gracia de Dios, y por poseerla llevan en su espíritu al Espíritu Santo, y Él los mueve, y Él guía sus inteligencias para que puedan conocer esa ciencia divina.

El don de Ciencia tiene analogías con la ciencia humana; pero hay también en ellas caracteres que las diversifican por completo.

La ciencia humana es el conocimiento que se tiene de las cosas por sus causas inmediatas; para decirlo en una fórmula más fácil de comprender, es el conocimiento humano de las criaturas.

A la sabiduría le corresponde hundir sus pupilas poderosas en el seno mismo de la Divinidad, y desde aquella atalaya excelsa contemplar las criaturas.

El don de Ciencia sigue otro camino; nos hace comprender divinamente las criaturas, para que por medio de ellas nos podamos elevar hasta Dios.

La ciencia es discursiva, pasa de una verdad a otra, y así se van dilucidando todos los campos del saber. De una manera lenta y penosa procede nuestra inteligencia, y va enlazando por raciocinio las verdades, hasta que llega a tener un conjunto sistematizado y más o menos completo de ellas.

El don de Ciencia no es discursivo; los conocimientos que por ese don se alcanzan son intuiciones, porque, como don del Espíritu Santo, tiene un modo divino, y en aquella intuición se ven los enlaces misteriosos que ligan entre sí a las criaturas, y, sobre todo, el grande, el trascendental enlace que tienen las criaturas con Dios.

Iluminados por el don de Ciencia, no tenemos esos conocimientos que alcanzamos por las ciencias humanas; no nos enseña ese don divino la naturaleza o las propiedades de cada criatura, sino que las considera como ordenadas a Dios de una manera más profunda, de una manera más amplia.

Un autor ha dicho con una frase bellísima que antes de que las criaturas tuvieran el nombre propio que a cada una de ellas se da, tenían un nombre común: se llamaban *reflejos de la Bondad divina, escalas luminosas para subir a Dios*.

Las ciencias humanas le dan a cada cosa su propio nombre, nos dicen cuál es su naturaleza íntima, sus propiedades, las leyes a que están sujetas.

El don de Ciencia considera a las criaturas de la manera que acabo de indicar y les da un nombre común; para el don de Ciencia, todas las criaturas son reflejos de Dios, reflejos de la Bondad divina, reflejos de la Hermosura celestial y, al mismo tiempo, medios adecuadísimos para que vayamos a Dios, escalas luminosas por las cuales ascendemos al cielo.

La criatura, considerada así en sus íntimas relaciones con Dios, tiene dos caracteres clarísimos: uno, su *vanidad*; otro, el *vestigio divino que hay en ella*. Para comprender a las criaturas es necesario mirar profundamente estos dos caracteres, y es lo que realiza el don de Ciencia.

Las criaturas son vanas. ¿Salomón no escribió aquel libro magistral, el *Eclesiastés*, en el cual aparece como tema trascendental y profundo aquella frase: «¡Vanidad de vanidades, y todo vanidad!»? El rey Sabio había contemplado todas las cosas, había bebido en todos los manantiales de la tierra, poseía riquezas fantásticas, Dios lo había dotado de una sabiduría profunda, lo envolvía una gloria que en aquella época no tuvo semejante, y él mismo dice que no negó a su corazón nada de lo que le pidió. Y cuando hubo contemplado todo y experimentado todo; cuando hubo bebido —como decía— en

todos los manantiales del mundo, vino a sacar esta conclusión desgarradora: «¡Vanidad de vanidades, y todo vanidad!».

Y en realidad es así, porque ninguna criatura puede satisfacer nuestro corazón. Hay en él una capacidad inmensa, en cierta manera infinita, porque Dios hizo nuestro corazón para Él. Por más que queramos llenar ese vacío de nuestro corazón con las criaturas, nunca se llenará. Son vanas, no son para nosotros, como dijo alguien: «*Major sum et ad majora natus*» (Soy más grande y nací para cosas más grandes).

Pero ¡qué trabajo nos cuesta llegar a comprender la vanidad de las cosas! Superficiales como somos, sentimos la fascinación de la criatura, lo que llama la Sagrada Escritura: «*Fascinatio nugacitatis*» (La fascinación de la vanidad). ¡Cómo nos deslumbran las criaturas con su brillo! ¡Cómo nos atraen y nos encadenan con sus encantos! ¡Con qué frecuencia nos apartan de Dios!

En realidad, cuando nos separamos de Dios, ¿no es porque alguna criatura obtuvo nuestro corazón y nos arrastró en pos de ella? Por eso se dice en uno de los Salmos: «*Filii hominum usquequo gravi corde?, ut quid diligistis vanitatem et quaeritis mendacium?*» (Oh, hijos de los hombres, ¿hasta cuándo tenéis el corazón vacío?, ¿por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?)^[15]. ¡Cuántas veces las criaturas nos seducen y nos alejan de nuestro camino, del camino recto y seguro que conduce a los cielos! Buscamos la vanidad y amamos la mentira, el placer que nos envilece, el honor que nos embriaga, los bienes materiales que nos encadenan. Es la vanidad que nos aprisiona, es la criatura que se posesiona de nuestro corazón, lo que atrae nuestra alma, lo que nos aparta de Dios, el único que constituye la paz de nuestro corazón y la felicidad de nuestra vida.

En vano se nos predica acerca de la vanidad de las criaturas, en vano leemos tratados sapientísimos sobre el mismo asunto; muchas veces ni una triste y dolorosa experiencia acaba de quitar la venda de nuestros ojos: nos dejamos llevar por la fascinación de la vanidad, apegamos nuestro corazón a una criatura.

Tarde o temprano, encontramos allí el vacío y la amargura; y parece que aquella experiencia sería suficiente para que volviéramos a Dios. Pero no; poco después otra vez el brillo y el encanto de las criaturas nos vuelven a seducir, y volvemos a caer en los mismos lazos. Y ¡cuántas veces se necesitan muchos tropiezos y, sobre todo, una luz abundante de Dios para que, al fin y al cabo, comprendamos la vanidad de las criaturas!

¿No nos hemos dado cuenta de que en todas las conversiones notables hay este rasgo característico, el sentir de una manera viva la vanidad de la criatura? Es Francisco de Borja, que al contemplar el cadáver de la reina Isabel, exclama: «¡No volveré a servir a un señor que pueda morirse!». Es san Silvestre, que también a la vista de un cadáver se convirtió a Dios. ¡Cuántas veces una palabra, un acontecimiento les ha revelado a los hombres la vanidad de las criaturas! Y entonces se realiza en ellos esa transformación completa que en lenguaje cristiano se llama *conversión*.

Esa súbita y profunda convicción de la vanidad de las cosas es el fruto del don de Ciencia. No bastan las consideraciones. ¡Cuántas veces leemos las Escrituras y repasamos las páginas del *Eclesiastés*, donde se nos habla de la vanidad de las cosas!

Más aún: en las páginas inmortales del Evangelio encontramos las palabras que nos dijo Jesucristo: «Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y ven y sígueme». Es una lección divina que nos enseña la vanidad de las cosas de la tierra; vende lo que tienes, porque todo es vano. Y creemos en la palabra de la Escritura, en la palabra de Dios; pero esa creencia se queda en la parte superior de nuestro espíritu y no acierta a producir en nosotros una profunda transformación.

Pero un día, una palabra, un espectáculo, una luz de Dios, nos revela de improviso el misterio de la vanidad de las cosas, y entonces la conversión se realiza.

Vuelvo a repetir: lo primero que hace el don de Ciencia es revelarnos, de una manera intuitiva, profunda, con una convicción irresistible, la vanidad de las cosas. Cuando el hombre ha tenido esta visión de las cosas vanas, se vuelve definitivamente a Dios, emprende el camino de la perfección cristiana.

* * *

Pero los autores espirituales hablan a veces de la segunda conversión. Aparte de esa primera conversión, por la que se deja el pecado, por la que se entra a los senderos de la gracia, hay a veces una segunda conversión.

Cuando cambia la ruta en la vida espiritual, cuando Dios llama a un alma para una perfección más alta, para esa segunda conversión, viene el don de Ciencia a producir de una manera más honda y más perfecta la convicción de la vanidad de las cosas de la tierra.

A veces, este efecto del don de Ciencia es amargo, es doloroso, es terrible; porque no siempre la virtud es dulce. A veces, la virtud nos parece amarga, nos parece cruel; hay virtudes que nos destrozan el corazón, que nos desconciertan, que nos desilusionan; pero así es como el don de Ciencia llega a producir en las almas ese total desprecio de las cosas de la tierra, que es la noche de los sentidos de que habla san Juan de la Cruz, esas purificaciones largas y tremendas a las que Dios sujeta a las almas cuando quiere elevarlas a la excelsitud.

Entonces, de improviso, el alma ve que todas las criaturas han perdido su encanto, y ya no le atrae lo que antes le atraía, ya no puede encontrar descanso en lo que antes lo encontraba su corazón; es una noche, noche oscura en la que no brilla ni una sola estrella; noche bendita, porque el hombre ha sido definitivamente arrancado al encanto de las criaturas para encontrarse en el camino recto y seguro que conduce a Dios.

* * *

Pero si es verdad que hay vanidad en las criaturas, también es cierto que hay en ellas un destello divino. Cada criatura me parece como una envoltura tosca que contiene una perla divina; toda criatura es vana porque es deficiente, porque es limitada, porque nunca podrá llenar nuestro corazón; pero también en cualquier criatura, desde el más excelso de los serafines hasta el último átomo que se encuentra en los cuerpos, hay un destello de Dios.

San Juan de la Cruz, con su mirada profunda y al mismo tiempo extática, nos lo dice en una estrofa inmortal:

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

Con una magnífica figura poética, san Juan pinta a Dios, que va pasando, va pasando por el espacio, va pasando por el Universo, y al ir pasando va derramando sus gracias, y al reflejarse su divina figura en las cosas criadas, las va revistiendo de luz.

Todas las cosas tienen un destello de Dios, están hechas a semejanza de Dios; por eso dice el libro del *Génesis* que cuando Dios contempló las cosas que había creado, vio que todas eran muy buenas. Sí, todas son buenas, porque todas tienen un destello de Dios, porque todas llevan un reflejo de su bondad, porque en todas ellas se retrata en una forma más o menos lejana, pero se retrata al fin la hermosura del Creador.

De ordinario no alcanzamos a mirar esa hermosura en su verdadero valor; lo que tienen de hermosura humana nos deslumhra. Pero cuando el don de Ciencia nos ha hecho ver la vanidad de las cosas de la tierra y ha purificado la pupila de nuestra alma, entonces nuestro espíritu contempla de una manera nueva las cosas de la tierra.

Hay un santo que seguramente poseyó en magnífica abundancia el don de Ciencia: fue san Francisco de Asís. ¿Recordamos las etapas de esa vida extraordinaria y bellísima? Primero fue la disipación de las criaturas. Él soñaba, como era propio de su época, en la gloria; se diría un caballero andante nobilísimo. Dios le reveló la vanidad de las cosas de la tierra, y entonces sintió la necesidad de despojarse de todo, y arrojó sus vestiduras en las manos de su padre, diciéndole: ahora puedo decir mejor: «¡Padre nuestro, que estás en los cielos!». Y se fue a la Porciúncula a desposar con la Dama Pobreza. La primera etapa de la vida de Francisco fue el desprecio de las cosas de la tierra, producido por el don de Ciencia, que hizo que se desprendiera de todo y que se enamorara de la pobreza. Se enamoró de la pobreza, porque la pobreza es verdad, porque la pobreza es la escala para ir a Dios, porque él sabía que la pobreza es fecunda.

Y después sus ojos se transformaron y miró de una manera nueva todas las criaturas. ¿No recordamos con qué profundidad y con qué amor Francisco de Asís miraba todas las cosas de la tierra? Las flores, las aves, el agua, el sol, todo tenía para Francisco un sentido divino, todas las criaturas le hablaban de Dios, y él sentía una honda, una inmensa, una extraña fraternidad con todas las criaturas; a todas las llamaba «hermanas». ¿No recordamos sus expresiones? La hermana agua, el hermano fuego, el hermano sol, el hermano lobo... ¡Con qué ternura iba y tomaba los gusanillos que se arrastraban por el camino para que no los fueran a pisar los viajeros! ¡Cómo se oponía a que les pusieran cercos estrechos a los árboles para no limitarles su desarrollo!

Y con ese conocimiento profundo de las cosas naturales, con esa mirada divina que tenía en las criaturas, llegó a cosas que al común de los hombres les parecería locura. ¿No recordamos que en una ocasión les habló a las aves? Se puso a predicarles, y las

aves se congregaron en torno suyo. ¡Locura!, dirán los que no saben juzgar sino con el pobre criterio humano; ¡sublimidad divina!, debemos decir nosotros, los que estamos iniciados en los misterios del Reino de los cielos. Él miraba las criaturas con otros ojos, no con estos pobres ojos humanos que no miran sino lo transitorio y lo superficial; él las miraba con ojos profundos, él veía en cada criatura un reflejo de Dios, cada criatura era como un cristal purísimo a través del cual contemplaba a Dios.

Pero, si es verdad que en este santo aparece de una manera especial este fruto del don de Ciencia, en otros muchos lo podemos también contemplar. ¿No recordamos que san Francisco de Sales, en sus escritos de cualquier cosa que observa en la Naturaleza, se sirve para levantarse hasta Dios? ¿No recordamos de aquella alma que cuando miraba al campo y las flores, les decía: «¡Callad! ¡Callad! No me digáis que ame, porque desfallezco de amor»? Para esa alma, las criaturas tenían un lenguaje misterioso, todos le hablaban de Dios; como quienquiera que ama, un retrato, una flor, el perfume de la persona amada, le recuerda a aquella persona que lleva en su corazón. Por eso les decía que callaran, porque le parecía que todas las criaturas la invitaban a amar a Dios, y ella, que ya no podía soportar el ardor de su alma, se veía obligada a decirles que callaran.

* * *

En los altos grados del don de Ciencia, como alguien dijo, se llega a tener una visión semejante a aquella visión bellísima y profunda que ha de haber tenido Adán en el Paraíso antes del pecado.

Nos dice la Escritura que Adán le fue poniendo a cada cosa un nombre propio; eso significa que tenía un conocimiento profundo, perfecto, de todas las cosas que le rodeaban. Y cuando acababa de salir su naturaleza virgen, llena de frescura y de belleza, de las manos omnipotentes del Creador, cuando su espíritu estaba revestido de gracia y cuando el Espíritu Santo, por medio de sus dones, lo movía, ¿cómo vería Adán todas las criaturas, cómo contemplaría el Universo, cómo miraría las frondas espléndidas del Paraíso? Con una mirada celestial, con una mirada divina. Es la luz del don de Ciencia.

Y en la cumbre de ese don se encuentra el desprendimiento perfecto: las almas que desprecian de modo definitivo a todas las criaturas encuentran la santa libertad de los hijos de Dios, el gozo de la libertad, la alegría hondísima de la pobreza perfecta. Al mismo tiempo, su mirada se torna celestial y miran el mundo de una manera nueva, con una mirada divina.

Pero no quiero terminar sin indicar otro efecto hermosísimo y al parecer extraño que produce en sus altos grados el don de Ciencia. Las almas que lo poseen miran los sufrimientos y las humillaciones de una manera nueva.

¿No hemos observado en los santos este extraño y al parecer inexplicable amor al sufrimiento? Santa Teresa decía: «O padecer, o morir». ¡Alternativa extraña! Son dos cosas de las que ordinariamente huimos: el dolor y la muerte; y para Teresa de Jesús no había más que esas dos cosas: «*Aut pati, aut mori*» (O padecer, o morir).

Santa María Magdalena de Pazzis modificaba la frase de santa Teresa: «*Non mori, sed pati*» (No morir, sino padecer). ¿Cómo explicar ese extraño amor a los sufrimientos y a las humillaciones?

Porque también los santos aman las humillaciones. San Juan de la Cruz le dijo a Jesucristo una palabra sublime; un día Jesús le habló y le dijo: «¿Qué recompensa deseas por todo lo que has hecho por Mí?». Y san Juan de la Cruz contestó: «*Pati, et comptemni pro te!*» (¡Señor, padecer y ser despreciado por Ti!).

¿No parece extraño pedir como recompensa el sacrificio y la humillación? Es que la luz del don de Ciencia, el sacrificio y la humillación, tienen un sentido divino y sobrenatural. Nosotros, imperfectos, no conocemos más que lo superficial; los santos, con la luz de Dios, miran lo profundo. El sacrificio y la humillación son cosas preciosas, están muy lejos de la vanidad, y al mismo tiempo contienen de una manera copiosa y opulenta el destello de lo divino. Por el sufrimiento y por la humillación nos asemejamos a Jesucristo, y nada hay sobre la tierra tan divino como todo lo que atañe a Jesucristo y nos asemeja a Él.

* * *

Cuando se habla de estas cosas nos parece que desde un valle hondísimo estamos mirando una cumbre excelsa en donde hay la blancura inmaculada de la nieve y nos sentimos incapaces, quizá, de llegar hasta aquella cima gloriosa. Pero, ¿no es dulce, no es bello contemplar desde las profundidades de nuestra miseria esas excelsas cumbres a donde han llegado nuestros hermanos y donde está Dios?

¿Cómo será la vida de un santo, cómo será el corazón de los bienaventurados, mirando las cosas con la luz de la verdad, penetrando en las profundidades de ellas, sintiendo nuevos anhelos, santas impresiones, y, en medio de esas impresiones y anhelos, la paz del alma, el gozo del espíritu que hizo exclamar al autor de uno de los libros sapienciales: «El corazón del justo es como un perpetuo festín». ¡Un festín de luz, un festín de amor, un festín de paz!?

Aun cuando no tengamos el valor de escalar las pendientes de esas montañas excelsas para llegar hasta la cumbre, al menos que estas visiones celestiales enciendan en nosotros el anhelo de vivir una vida cristiana más perfecta, que sean un acicate, un estímulo.

A la manera que cuando contemplamos un palacio regio nos viene el deseo de hacer más bella y más cómoda nuestra pobre casa; y cuando oímos una composición musical sublime, aun cuando no pretendamos llegar a producir cosa semejante, sentimos una mayor afición por la música y en la medida de nuestras posibilidades nos ejercitamos en ella. Así, a la vista de estas cumbres excelsas, al contemplar las maravillas que el Espíritu Santo produce en las almas, que se excite nuestro corazón, que se aliente nuestro espíritu, y, aunque sea con pasos lentos, vayamos caminando hacia Dios, que es luz, que es amor, que es felicidad; hacia ese Dios, que baña las almas que le aman en luz espléndida, en amor dulcísimo, en paz infinita...

14 *Sap.*, X, 10.

15 *Ps.* IV, 3.

VIII. DON DE ENTENDIMIENTO

Hay palabras felices que expresan con admirable acierto lo que significan, que son, si no la definición de la cosa significada, por lo menos la expresión exacta de ella. Tal es la palabra «entender», en latín «*intelligere*» —*intus legere*—, que significa leer interiormente, penetrar. Y a la verdad, eso es entender, penetrar, penetrar en el interior de las cosas.

En el orden natural, entendemos cuando, en el interior de lo sensible, captamos, por decirlo así, lo abstracto, lo inmaterial. Y en el orden sobrenatural, también entender es penetrar las verdades sobrenaturales.

Así como la luz natural de la razón nos hace penetrar las cosas sensibles, para ver, para captar lo inmaterial, así la luz del don de Entendimiento, del que voy a hablar en este artículo, sirve para penetrar en las verdades sobrenaturales y leer en lo íntimo, en lo profundo de ellas.

A la verdad, necesitamos esta penetración en las verdades; porque cuanto más se penetra en una verdad, mayor provecho recibe nuestro espíritu. San Ignacio de Loyola, en sus Ejercicios, advierte que no el mucho saber aprovecha al alma, sino el penetrar y saborear las cosas espirituales. Para encontrar nuestro provecho espiritual no es preciso acumular lecturas y conocimientos y meditaciones; mucho mejor será penetrar unas cuantas verdades y entenderlas, saborearlas.

Y lo vemos con muchísima frecuencia. Cuando se practican Ejercicios espirituales, o se hace un día de retiro, o simplemente se medita con atención en una verdad sobrenatural, nos parece como que nuestra alma se transforma, y nos sentimos otros; es una luz nueva que produce en nuestra alma una nueva actitud respecto de las cosas espirituales. Para alcanzar la perfección se necesita penetrar en las verdades sobrenaturales; pero para alcanzar esta penetración no basta la fe, porque la fe nos hace asentir a las verdades por la autoridad de Dios que las ha revelado, pero no nos hace penetrar en ellas. Esa penetración viene del don de Entendimiento.

Los otros dones intelectuales no son para penetrar; el de Consejo, ya lo expliqué, es para hacer la aplicación de los grandes principios cristianos a nuestras acciones concretas; la Ciencia es para ir por medio de las criaturas a Dios, para conocer a Dios a

través de las criaturas, y la Sabiduría, como lo explicaré después, es para mirar todas las cosas desde la atalaya excelsa de Dios.

El don de la penetración, el don de intuición, es el don de Entendimiento; por él ahondamos en la profundidad de las verdades sobrenaturales, de los misterios cristianos, de los dogmas de nuestra fe. Y cuanto mayor desarrollo ha alcanzado en nuestra alma ese don, tanto más profunda es nuestra mirada, tanto más penetrante es nuestra intuición.

* * *

¿Por qué y cómo el don de Entendimiento penetra en las verdades sobrenaturales? Intentaré explicarlo.

El porqué no es sino una aplicación de los principios generales que acerca de los dones he explicado ya. Los dones intelectuales nos dan un conocimiento profundo de las cosas divinas, porque estamos unidos con Dios por una dulce, por una íntima experiencia realizada por el amor. Eso acontece en todos los dones; esto acontece en el don de Entendimiento.

Para tener este don, como todos los demás dones del Espíritu Santo, se necesita estar en gracia, tener la caridad, que es la raíz profunda de donde brotan como renuevos divinos los siete dones del Espíritu Santo. Por la caridad nos unimos con Dios, nos adherimos a Él, y de esa unión íntima y de esa adhesión firme resulta un conocimiento como experimental.

A la manera que nosotros —ya lo expliqué en los capítulos anteriores— tenemos una penetración singular para comprender las almas que amamos, así como para nuestras intimidades no necesitamos razonar, sino que nos basta penetrar en lo íntimo de nuestro ser para conocerlas; así cuando el alma está unida a Dios, lo ve y lo conoce por una *dulce experiencia*.

Cada uno de los dones une a Dios, nos une al Espíritu Santo como al Director, como al motor de nuestras almas; pero al mismo tiempo nos une a Dios como al objeto de nuestro amor. El Espíritu Santo no solo es motor; es también don, el Don de Dios, el don por excelencia que recibimos.

Santo Tomás de Aquino dice acerca de este punto cosas admirables. El don, antes de que el dador lo otorgue, es del que lo da; pero después del que lo ha dado, es también del que lo recibe. El Espíritu Santo es de Dios, es Dios, pero cuando se nos ha dado es nuestro. Y es nuestro —dice el Santo Doctor— como puede ser nuestra una cosa de la cual podemos con libertad disponer; así, nosotros podemos con libertad disponer de este Espíritu que ha venido a ser nuestro, es decir, podemos gozar de Él cuando queramos, porque lo poseemos, porque nos pertenece, porque está a nuestra disposición.

Y porque estamos adheridos a la Divinidad, por eso tenemos, si se me permite la expresión, el sentido de lo divino, los ojos iluminados del corazón, penetrantes y profundos, para leer en lo íntimo de las verdades sobrenaturales.

* * *

De una manera especial, el don de Entendimiento supone el conocimiento, la estimación perfecta del fin.

San Ignacio de Loyola, en sus Ejercicios, establece, como principio y fundamento de todas las maravillosas consideraciones que hace para llevar el alma a Dios, el *fin del hombre*. Es la primera verdad que escruta de una manera sólida y profunda. Y este método se ha hecho tradicional; siempre que se practican Ejercicios o se dan Misiones, se comienza en una u otra forma por presentar esta doctrina trascendental de nuestro último fin.

Y con razón, porque el fin es en las cosas prácticas lo que el principio en las ciencias especulativas; de los principios emanan lógicamente las conclusiones; así, en el orden práctico, todo está relacionado con el fin; según es el fin que nos proponemos, así son nuestros actos y nuestra disposición.

Para comprender bien un discurso, es indispensable que el orador nos indique el tema que va a desarrollar, el fin que se propone; si no sabemos el fin que busca, nos será difícil seguirlo en sus lucubraciones. Cuando conocemos el fin que un pintor se propuso al pintar un cuadro complicado y magistral, lo comprendemos mejor, sabemos el sentido de cada una de las figuras que integran el cuadro; si no conociéramos el fin, ¿cómo podríamos conocer profundamente el sentido que quiso darle a este cuadro el pintor?

De la misma manera, cuando tenemos un perfecto conocimiento del fin, no especulativo, sino experimental, porque nuestra voluntad está íntimamente adherida a él, porque ese último fin lo poseemos ya en principio, porque poseemos a Dios en nuestro corazón, entonces podemos comprender y penetrar las cosas divinas.

Esta es la obra que realiza el don de Entendimiento; por él, unidos como estamos a nuestro último fin, el Espíritu Santo nos mueve para que penetremos en las honduras de todas las verdades sobrenaturales.

* * *

¿Cómo se hace esta admirable penetración?

No es que por el don de Entendimiento contemplemos en todo su esplendor y en toda su plenitud lo que se encuentra bajo cada una de las verdades sobrenaturales; solamente en el Cielo podremos tener esa visión sin velos y sin sombras de las cosas divinas; solamente en el Cielo, cuando con la luz de la gloria contemplemos cara a cara a Dios y sintamos en nuestro corazón su amor beatífico, la visión de las cosas divinas será para nosotros positiva, radiosa, plena.

En la tierra, aun bajo el régimen de los dones, vivimos siempre en la semioscuridad del destierro; ¿no dije en alguno de los capítulos anteriores que los dones del Espíritu Santo se fundan sobre la fe? Y la fe es siempre oscura; es, según la expresión del apóstol san Pedro, la lamparita, la lucecilla que fulgura, que brilla en el destierro, mientras llega el día espléndido de la gloria y luce en nuestras almas el lucero de la mañana.

Pero, a pesar de ser negativa la visión que nos da el don de Entendimiento, nos hace penetrar hondamente en las verdades sobrenaturales con un acierto efficacísimo. El don

de Entendimiento nos hace distinguir lo verdadero de lo falso en el orden sobrenatural; más aún: nos hace comprender que las cosas divinas están por encima de las cosas humanas.

Para que comprendamos esto, voy a hacer una observación. Para hablar de las cosas sobrenaturales, nos valemos siempre de los símbolos y de las figuras sensibles; es la ley de nuestra psicología: «*Invisibilia ipsius... per ea, quae facta sunt intellecta conspiciuntur*». (Las cosas invisibles de Dios nos son conocidas por las cosas visibles que han sido hechas), dice san Pablo[16]. Por eso, tratándose del orden sobrenatural, nos encontramos a cada paso un símbolo, porque a cada paso nos encontramos un misterio. No podemos hablar de las cosas divinas, sino comparándolas con las cosas de este mundo y sirviéndonos de imágenes, de símbolos, de figuras. Así, decimos que el Bautismo es un nuevo nacimiento, que el hombre vuelve a nacer, como lo explicó Jesucristo a Nicodemo. No alcanzaba él a comprender y Jesucristo le decía: «¿Tú eres maestro de Israel y no entiendes estas cosas? Si no me entiendes hablando de las cosas de la tierra, ¿cómo me entenderás si te hablara de las cosas celestiales?». «Yo soy la Vid y vosotros sois los sarmientos», decía también Jesucristo para explicarnos la unión estrecha que hay entre Él y nosotros. «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame», exhortaba para predicar la abnegación cristiana. Y así, en todas las páginas del Evangelio encontramos figuras y símbolos.

Pero hay el peligro de querer tomar a la letra esas figuras y esos símbolos, con lo que empequeñecemos las cosas divinas y las reducimos a proporciones ínfimas. Mas el don de Entendimiento nos hace penetrar en esas figuras y en esos símbolos, de tal manera, que sintamos que la cosa significada o simbolizada está muy por encima del símbolo y de la figura; el símbolo no es más que una roca en la que apoyamos y ponemos nuestra planta para lanzarnos al infinito.

Así, el don de Entendimiento penetra en lo profundo, en lo íntimo de las verdades sobrenaturales, y nos da un conocimiento vivo, un conocimiento íntimo de las cosas divinas.

* * *

Este don es uno de los dones de la Contemplación; por medio de él y por su influjo, el Espíritu Santo eleva a las almas a la Contemplación, que es una mirada singular y profunda de Dios y de las cosas divinas. Se pudiera decir que la Contemplación es la luz bellísima de los que aman. Y esa Contemplación que poseen las almas que han llegado a cierta altura en los caminos de la vida espiritual tiene como uno de sus principios esenciales el don de Entendimiento.

Pero no solamente es intelectual, sino que también tiene un influjo preponderante en nuestra vida práctica. Porque, como dice la Escritura, la fe obra por la caridad; y el don de Entendimiento, al hacernos penetrar en las profundidades de las verdades de la fe, tiene también que hacernos comprender lo relativo a nuestras acciones, a las obras de amor y de caridad que tenemos que practicar para alcanzar la vida eterna.

De manera que también el don de Entendimiento tiene su influjo en lo práctico de nuestra vida, y, como decía al principio, es indispensable para que podamos alcanzar la eterna felicidad de nuestras almas.

Hay una regla exacta y comprensiva para determinar el campo que es propio de este don. El don de Entendimiento nos sirve para descubrir lo oculto, todo lo oculto que necesitamos para nuestra salvación; dondequiera que hay algo misterioso, el don de Entendimiento nos lo hace comprender y penetrar, siempre que sea, repito, una cosa necesaria para nuestra salvación.

¿No recordamos que, en el Santo Evangelio, Jesucristo contestaba siempre a las preguntas, a veces impertinentes, que le hacían los Apóstoles? Cuántas veces le hicieron preguntas para entender cosas que ahora nos parecen sencillísimas, y Nuestro Señor, con una paciencia heroica, les explicaba a los Apóstoles las cosas más obvias, siempre que se relacionaran con la salvación de las almas y los misterios del Reino de los cielos.

Pero cuando le preguntaban cosas curiosas, no les contestaba. El día de la Ascensión le dijeron: «Señor, ¿próximamente vas a establecer en la tierra tu Reino?». Y Jesucristo les dijo: «A vosotros no os toda conocer los días y los momentos que el Pade tiene en su poder». Y cuando el apóstol san Pedro le preguntó en las orillas del Tiberiades respecto de san Juan: «Señor, ¿y qué pasará con este?», Jesucristo le contestó: «¿A ti qué? Tú, sígueme». Las preguntas curiosas nunca las contestaba Jesús; pero aquellas que se relacionaban con la salvación de nuestras almas, siempre, por impertinentes que fueran, Jesucristo, con minuciosa solicitud, se las explicaba a sus Apóstoles.

Así, el don de Entendimiento nos descubre lo oculto, pero lo oculto que es útil para nuestra salvación.

Y aún se pueden expresar los principales casos en los que el don de Entendimiento descubre lo oculto.

* * *

Se puede ocultar la *sustancia bajo los accidentes*, como en la Santa Eucaristía; los accidentes eucarísticos son accidentes de pan y accidentes de vino; pero bajo esos accidentes se ocultan el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. El don de Entendimiento nos hace penetrar a través de esos accidentes en la sustancia de Jesucristo que allí se oculta. Santos ha habido como dotados del sentido de la Eucaristía, como que adivinaban la presencia de Jesucristo donde quiera que estaban. Era, sin duda, un efecto, un fruto del don de Entendimiento: a través de los accidentes descubrían la sustancia que se ocultaba.

También los *conceptos*, las verdades, se ocultan bajo las *palabras*. En las Escrituras, ¡cuántas expresiones hay difíciles de entender! Y como bajo esas expresiones se contienen verdaderos misterios, el don de Entendimiento nos hace penetrar las palabras de la Escritura para descubrir lo oculto que tienen, su sentido misterioso y arcano.

En las *figuras* y en los símbolos se ocultan las *realidades*; ¿no nos dice, por ejemplo, el apóstol san Pablo que todo lo que les pasaba a los israelitas en el Antiguo Testamento era figura y símbolo de la Nueva Alianza? ¿No dice que la piedra de donde brotaba el agua refrigerante era Cristo, y que el maná era el símbolo de la Eucaristía? Y ¿no nos enseña él el simbolismo de muchas de las ceremonias de la Antigua Alianza? Bajo las figuras se contiene la cosa significada o figurada, y el don de Entendimiento descubre bajo los símbolos las cosas que simbolizan.

Bajo lo *visible* se oculta lo *invisible* y lo divino. Tenemos un ejemplo de ello en el mundo material; está lleno de Dios. ¿No dice la Escritura que los cielos cantan la gloria de Dios y que la tierra está llena de su majestad? En el capítulo anterior decía cómo en cada criatura hay un destello de Dios, y recordaba aquella estrofa sublime de san Juan de la Cruz:

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

El mundo está henchido de lo divino; así lo ha de haber visto Adán en el Paraíso antes de la culpa, así lo han visto los santos; ya decía antes con qué mirada profunda y celestial veía Francisco de Asís todas las cosas creadas. Pero para descubrir lo divino que oculta lo visible, se necesita el don de Entendimiento.

Bajo las *causas* se ocultan los *efectos*. Los Sacramentos son causa de la gracia; exteriormente, los Sacramentos no son más que cosas visibles; un sacerdote que lava la cabeza a un niño, diciéndole palabras misteriosas; el ministro de Dios que extiende su mano consagrada sobre el pecador arrepentido, y le dice: «Yo te absuelvo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Pero bajo esas cosas, bajo esas causas al parecer sin trascendencia, se realizan verdaderos prodigios. ¡Si supiéramos lo que se realiza cuando un pecador se justifica! Santo Tomás de Aquino no vacila en decir que la justificación de un pecador es una obra más grande que la creación del mundo.

En los acontecimientos humanos se esconden los designios providenciales de Dios. Alguna vez en el último día de los tiempos y allá en el Cielo eternamente, contemplaremos el sentido profundo de la Historia humana. Ahora vemos las cosas de una manera fragmentaria e imperfecta, el porqué de la guerra, el porqué de las catástrofes, el porqué de esas vicisitudes tremendas que hay en la Historia. Ahora, apenas con labio balbuciente, podemos decir algo acerca de esos acontecimientos, porque sabemos que están regidos por la sapientísima Providencia de Dios.

Pero allá en el Cielo comprenderemos el sentido profundo de la Historia; entonces sabremos con la exactitud con que un contador hace el balance de una negociación, el porqué de todos los acontecimientos humanos. Y tenemos que alabar entonces a Dios lo mismo por la paz que por la guerra, lo mismo por el dolor que por la alegría; porque todo está hecho con número, peso y medida, todo está dispuesto con sabiduría admirable.

Por el don de Entendimiento, desde la tierra comenzamos a penetrar en esas cosas ocultas, pues el don de Entendimiento penetra en todas las verdades sobrenaturales y descubre lo oculto, cualquiera que sea la envoltura en donde se esconda.

* * *

Todo cristiano tiene este don, como todos los demás dones del Espíritu Santo; no son gracias extraordinarias que Dios solo concede a almas selectas, no; todo el que está en gracia de Dios posee los dones del Espíritu Santo, y si los tiene siempre es porque a cada paso los puede necesitar.

Y yo pienso que el don de Entendimiento es un don respecto del cual se ve claramente la necesidad que tenemos de él; ¿cómo podríamos penetrar en lo profundo de las verdades sobrenaturales si no poseyéramos el don de Entendimiento? Tengamos por cierto que muchas veces en nuestra vida hemos sentido el influjo del don de Entendimiento y hemos penetrado, aun cuando sea rápidamente, las verdades sobrenaturales.

¿No es verdad que en ciertos momentos de nuestra vida hemos visto con mayor claridad alguna o algunas de las verdades que nos enseña el Evangelio? Ya en una gran solemnidad litúrgica, ya en medio de un retiro espiritual que se practica, ya en los momentos en que se recibe la Santa Eucaristía, ¿no ha pasado por nuestra mente un relámpago de luz celestial? ¿No hemos visto en un momento ciertas cosas que antes no habíamos comprendido?

Es el don de Entendimiento que todo cristiano tiene y que a todo cristiano le hace penetrar en lo íntimo de las verdades sobrenaturales cuando lo necesita para poder alcanzar su salvación. Y a medida que va subiendo de grado, este don va produciendo cosas más admirables en nuestra alma: nos hace penetrar en los misterios, nos hace comprender armonías bellísimas en las cosas espirituales.

Así como contemplamos a veces desde la cumbre de una montaña un espectáculo maravilloso, cumbres que se suceden unas a otras, valles risueños cubiertos de flores, horizontes misteriosos que se pierden en la inmensidad; así, el don de Entendimiento, cuando ha llegado a su grado máximo de desarrollo, nos hace contemplar esos panoramas magníficos, esas armonías hondas, esos horizontes infinitos del orden sobrenatural; nos descubre en cuanto es posible en la tierra las perfecciones de Dios: su justicia, su misericordia, su amor; nos hace comprender también en cuanto es posible en el destierro el anonadamiento del Verbo Encarnado en el misterio de la Encarnación, en su Pasión sacratísima, en su descenso al sepulcro.

Y aun la luz del don de Entendimiento nos sirve para conocernos hondamente a nosotros mismos, y vislumbrar la profundidad de nuestra miseria. A veces, nos llama la atención que los santos tengan rasgos de humildad que parecen excesivos, como cuando san Francisco de Asís quería que lo pisotearan y que dijeran que era el desecho del pueblo. ¿Cómo es posible, pensamos, que santos que han sido canonizados por la Iglesia,

y cuya vida es admirable, hayan tenido ese concepto tan bajo de sí mismos? Porque estaban iluminados por la luz de Dios.

Cuando una pieza está a media luz, nos podemos hacer la ilusión de que está limpia; pero cuando hay una luz intensísima, entonces tenemos que percibir hasta lo más pequeño que pueda quitarle la limpieza. Eso pasa cuando somos iluminados por la luz de Dios; entonces sentimos nuestra pequeñez y nuestra miseria; delante de Dios todos somos átomos pequeñísimos e insignificantes.

En los altos grados de este don se tiene un conocimiento más hondo de todos los misterios divinos, y, en cierta manera, la visión de Dios.

A este don corresponde aquella bienaventuranza: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». La limpieza de corazón y la paz que de ella emana son como fruto y premio del don de Entendimiento.

Esa limpieza de nuestro espíritu, a veces, es terrible, porque no se purifica el espíritu sino con dolor. La noche oscura del espíritu de que habla san Juan de la Cruz es obra, en gran parte, del don de Entendimiento.

El don de Entendimiento deja al alma en profunda desolación para transformar su entendimiento, para limpiar los ojos de su espíritu, para que pueda un día mirar a Dios.

* * *

Refiere el Santo Evangelio que un día, acercándose Jesucristo a Jericó, un ciego empezó a clamar; y por más que los Apóstoles querían alejarlo de Nuestro Señor, temiendo que le fuera molesto, el ciego más y más clamaba. Jesucristo se le acercó y le dijo: «¿Qué quieres que te haga?». Y el ciego contestó: «*Domine, ut videam!*» (¡Señor, que yo vea!). Con estas palabras expresaba él su anhelo supremo, la necesidad ingente que llevaba en su alma.

¿No es verdad que esta es una de las grandes necesidades de nuestro corazón y que debía ser uno de nuestros grandes anhelos? ¡Señor, que yo vea! ¡Es tan triste y dolorosa la ceguera! ¡Es tan fecunda y tan bella la luz!

Todos los días deberíamos decirle a Nuestro Señor como Bartimeo, el ciego del Evangelio: «*Domine, ut videam!*» (¡Señor, que yo vea!).

Y el don de Entendimiento nos hace ver en el orden sobrenatural, nos hace penetrar en lo oculto; es, si se puede comparar lo divino, lo altísimo, con nuestras pobres cosas humanas; es como esos rayos misteriosos descubiertos por la ciencia que nos hacen ver el interior de los cuerpos opacos.

Por el don de Entendimiento penetramos en la profundidad de las verdades. Ese don nos hace ver, corresponde a ese anhelo que sienten nuestros corazones de ver; por eso siempre, y sobre todo ahora, en las vísperas de la gran solemnidad de Pentecostés, es preciso que del fondo de nuestra alma brote y se levante hasta el cielo esta plegaria íntima, pidiendo al Espíritu Santo: «*Domine, ut videam!*» (¡Señor, que yo vea!).

16 *Rom.*, I, 20.

IX. DON DE SABIDURÍA

Hice notar en los capítulos anteriores el admirable paralelismo que existe entre el orden natural y el sobrenatural. En el primero, el caudal intelectual de nuestro espíritu no lo forman conocimientos aislados, sino que el espíritu realiza ahí una coordinación de conocimientos, forma con ellos un sistema, les imprime unidad; cada ciencia coordina los conocimientos que le pertenecen y los unifica en las causas y en los principios que estudia. Y todavía nuestro espíritu pretende hacer una coordinación superior, la coordinación de la sabiduría, unificando y coordinando en las cosas más altas y profundas todo el campo vastísimo de los conocimientos humanos.

Con mayor razón, en el orden sobrenatural, tienen que hacerse estas coordinaciones; no bastaría unificar una por una las verdades por el don de Entendimiento, como expliqué para tener la perfección del conocimiento sobrenatural; es preciso que se vean los enlaces que unen entre sí a las criaturas y a las criaturas con Dios; es indispensable que todos los conocimientos sobrenaturales que poseemos formen también una coordinación, un sistema, y se unifiquen.

El don de Ciencia establece cierta coordinación; pero la coordinación suprema, la que abarca, por decirlo así, en una unidad perfecta todos los conocimientos sobrenaturales, es el don de Sabiduría.

Tiene semejanza con el concepto de sabiduría que tenemos en el orden natural; en este orden, la sabiduría es la coordinación de todos nuestros conocimientos por las causas altísimas de las cosas. Y en el orden sobrenatural de los dones, el don de Sabiduría abarca todos los conocimientos sobrenaturales y los coordina en la causa suprema, en el principio altísimo: en Dios.

Este don que voy a mostrar ahora es el supremo de todos los dones; tiene una riqueza incalculable, porque san Pablo asegura que el hombre espiritual juzga todas las cosas, y, como explica muy bien el apóstol en ese pasaje de la Epístola primera a los Corintios, las juzga porque ha recibido al Espíritu Santo que escruta hasta las profundidades de Dios. «*Spiritus omnia scrutatur, etiam profunda Dei*»[17]. Y ese Espíritu lo hemos recibido, y por eso, dice, no hablamos con las palabras de la sabiduría humana, sino con la doctrina del Espíritu que hemos recibido en nosotros.

El don de Sabiduría lo abarca todo; pero en esos vastos conocimientos que puede el alma alcanzar por el don de Sabiduría hay una perfecta unidad, porque todo lo mira desde una atalaya excelsa, todo lo mira por la causa suprema, por Dios.

* * *

Para comprender en cuanto es posible este don, debo recordar una doctrina que muchas veces he expuesto en esta serie de capítulos acerca de los dones del Espíritu Santo. He dicho cómo por los dones conocemos, por cierta connaturalidad con las cosas que son objeto de nuestros conocimientos y por una experiencia íntima que tenemos de las cosas divinas. Aun cuando varias veces lo he repetido, quiero decirlo una vez más; porque, por una parte, es difícil de entender esta idea, y, por otra, es fundamental para el conocimiento del don de Sabiduría.

El conocimiento que tenemos por los dones del Espíritu Santo es un conocimiento que nace de una íntima experiencia, de una connaturalidad y proporción que llegamos a tener con las cosas que conocemos, en virtud de estar unidos con Dios por la virtud santa de la Caridad.

Ya decía, en alguno de los capítulos anteriores, cómo hasta en el orden natural el amor es una fuente de conocimientos: comprendemos muy bien lo que amamos.

El artista que ama la belleza en cualquier orden, con qué facilidad comprende todas las cosas que con ella se relacionan; hay connaturalidad, hay proporción entre la belleza que el arte realiza y la manera de ser de él; como que su espíritu está conformado precisamente para conocer las cosas bellas.

Y el arqueólogo que ama las antigüedades y descubre por todas partes las huellas del pasado, cómo tiene el sentido de lo antiguo; el amor que posee para ese género de conocimientos le hace comprender mejor todas las cosas que con ese ramo se relacionan.

Y cuando una persona ama a otra y la trata con intimidad, con qué facilidad comprende los sentimientos íntimos de la persona amada, cómo parece que adivina sus pensamientos; no es lo mismo conocer una persona por referencias que conocerla por trato íntimo, y cuanto más íntimo es el trato, más perfectamente se conoce.

¿No es verdad que en cierto modo los que se aman están el uno en el otro? El mismo Jesucristo nos dice respecto de su amor: «El que come mi Carne y bebe mi Sangre, permanece en Mí y Yo en él». Y, en verdad, el que ama, como que está en el objeto amado, como que proyecta su corazón y su inteligencia y su ser en aquello que ama, y como que lleva en lo íntimo de su alma, en lo profundo de sus entrañas, al ser amado. San Pablo se atrevió a decir a los fieles: «Yo os llevo en lo íntimo de mi corazón».

Pero no, no es simplemente esa virtud que tiene el amor de hacernos comprender lo que amamos, y de aplicar todas nuestras facultades para llegar al conocimiento más profundo del ser amado, lo que basta para explicar esta experiencia íntima que tenemos de las cosas divinas por los dones del Espíritu Santo. Hay algo todavía más perfecto; porque nosotros, por la caridad, estamos íntimamente unidos con Dios. Por más

esfuerzos que hagamos, no llegaremos a comprender hasta qué punto es estrecha, hasta qué punto es íntima nuestra unión con Dios.

Jesucristo se esforzó, particularmente en la noche de la Cena, por explicarnos esta unión que tenemos con Él: «Yo soy la Vid, vosotros sois los sarmientos; los sarmientos no pueden producir fruto si no están unidos a la vid; así, vosotros sin Mí nada podéis hacer». Y como si aquella comparación no fuera suficiente, como no lo es, para expresar la unión estrechísima que existe entre Él y nosotros, se levantó tanto, que comparó la unión que tiene con nosotros con la unión inefable que tienen entre sí las tres divinas Personas de la Trinidad: «Padre —le dijo en la oración sacerdotal en la noche de su Pasión—, Padre, que todos sean una misma cosa, como Tú y Yo somos una sola cosa. Tú en Mí, y Yo en ellos, para que todos seamos consumados en la unidad».

No hay unión comparable a la que tenemos con Dios por la caridad; repasemos una a una todas las uniones de la tierra: son superficiales, son limitadas, no tienen la profundidad íntima que tiene la unión que tenemos con Dios por la caridad.

El apóstol san Pablo se atreve a decir: «*Qui adhaeret Domino, unus spiritus est*». (El que se adhiere a Dios, es un solo espíritu con Él)[18].

Y como estamos tan unidos, y como esta unión es más íntima que todas las uniones que se pueden tener en la tierra, es natural que esa unión con Dios nos haga penetrar como por una dulce experiencia, por una experiencia íntima, las cosas divinas.

Permítaseme todavía una comparación muy grosera, pero que será, sin duda, útil para comprender lo que expresa. Cuando tenemos en nuestra boca una fruta, apreciamos entonces su sabor mucho mejor que si leyéramos las descripciones que de ella hacen los tratados de Botánica. ¿Qué descripción podría ser comparable al gusto que experimentamos cuando probamos una fruta? Así, cuando estamos unidos a Dios y gustamos de Él por una íntima experiencia, esto nos hace conocer mucho mejor las cosas divinas que todas las descripciones que puedan hacer los eruditos y que todos los libros de los hambres más sabios.

El conocimiento de los dones es un conocimiento que se adquiere por connaturalidad y por experiencia íntima, en virtud de la unión estrechísima que tenemos con Dios.

Pero si es cierto que esto se verifica en todos los dones, de una manera especial se verifica en el don de Sabiduría; es propio de este don hacernos conocer a Dios y las cosas divinas por una íntima y dulce experiencia de amor; por eso dice san Dionisio, hablando de Hieroteo: «Hieroteo es perfecto en las cosas divinas, porque no solo las aprende, sino que las experimenta». («*Non tantum discens, sed patiens divina*»).

Experimentar las cosas divinas, gustarlas en lo íntimo de nuestro corazón, y por ese gusto y esa experiencia juzgar todas las cosas, tal es lo que realiza en nuestras almas el don de Sabiduría.

* * *

Pero quiero explicar por qué de una manera singular esta doctrina de la connaturalidad y de la experiencia se aplica especialmente al don de Sabiduría.

Por la caridad —esa virtud reina, esa virtud suprema, que es la forma y el alma de todas las virtudes, el don más rico que hemos recibido de Dios después de la gracia—, por la caridad nos unimos a Dios, y esa unión tiene muchos aspectos; nos unimos a Dios como al motor y al director de nuestras almas, como al último fin de nuestras acciones, como al objeto que experimentamos y que gustamos; pero de aquí resultan como distintas maneras de percibir a Dios. En el capítulo anterior expliqué cómo el don de Entendimiento mira a Dios como el fin supremo del hombre y por la buena estimación del fin; por eso penetra en las verdades sobrenaturales. Cada don tiene su manera propia de tocar a Dios.

Pero, ¿sabemos cómo toca a Dios el don de Sabiduría? Lo toca como la Bondad infinita, gustada y experimentada. Hay una analogía notable entre el objeto de la caridad y el objeto del don de Sabiduría; el objeto de la caridad es Dios en Sí mismo, en su bondad infinita, y el objeto de la Sabiduría es esa misma Bondad, pero como experimentada, como gustada.

Por la caridad amamos a Dios en Sí mismo; por el don de Sabiduría conocemos, porque gustamos y experimentamos, la bondad infinita de Dios.

Por eso, este don de Sabiduría tiene estrechísima relación con la caridad, es un don que brota de la caridad y que conduce a la caridad. Brota de la caridad, porque el que posee el don de Sabiduría conoce por qué ama, y si se me permite que emplee la frase de un místico —ya sabemos que el lenguaje de los místicos es audaz, pero es brillante y expresivo—, diré que por el don de Sabiduría «vemos por los ojos del Amado», por los ojos de Dios.

La expresión es audaz, pero expresa la realidad. Si pudiéramos, por decirlo así, entrar dentro de Dios y mirar por sus ojos, ¿qué veríamos? Veríamos las cosas a lo divino; así se ven las cosas por el don de Sabiduría, se ven en Dios, se ven desde esa excelsa atalaya.

Pero podemos penetrar en Dios y ver por sus ojos y mirar por su mente, porque la caridad nos ha unido estrechamente con Él, porque nos hemos adherido a Él y formamos con Él un solo espíritu.

* * *

El don de Sabiduría que brota de la caridad, también conduce a ella; la luz de este don no es fría e inerte, como suele ser la luz de la sabiduría humana, sino que es ardiente y vital, como el rayo de sol, que en su esencia sutil funde la luz, el calor y la energía. La luz del don de Sabiduría enardece de amor el corazón, y de esa suerte vuelve al principio del que emanó y consuma el círculo divino.

Pudiera parecer extraño que el don de Sabiduría, que como todos los dones intelectuales tiene que fundarse en la fe, superara a su propio fundamento, porque los conocimientos que podemos tener por el don de Sabiduría, aunque están dentro del

campo de la fe, exceden de una manera increíble al conocimiento de la fe. ¿Cómo es posible que la Sabiduría supere a su propio fundamento?

Si penetramos en la naturaleza de la inteligencia y de la voluntad, podemos encontrar el secreto de esta aparente anomalía. Enseña santo Tomás de Aquino que es mejor conocer que amar las cosas inferiores a nosotros, pero es mejor amar las cosas que son superiores. Respecto de Dios, es mejor amarlo que conocerlo; porque el conocimiento, como que hace que las cosas vengan a nosotros y se adapten a nuestra manera de ser; pero el amor, que es la caridad, nos hace salir de nosotros mismos y nos lanza al objeto amado. El que ama se asemeja a la cosa amada; el que conoce, adapta la cosa conocida a su propia manera de ser. De suerte que cuando se trata de cosas inferiores, las elevamos cuando las conocemos, porque les damos nuestro propio modo de ser; pero cuando amamos las cosas inferiores, nos envilecemos. En cambio, cuando conocemos las cosas superiores, como que las empequeñecemos para que se adapten a nuestra inteligencia; pero cuando las amamos, nos elevamos hacia ellas.

Por eso es mejor en esta vida amar a Dios que conocerlo, y por eso es más lo que amamos a Dios por la caridad que lo que lo conocemos por la fe. En este mundo siempre el conocimiento tiene deficiencias; en cambio, el amor, la caridad, que es un presente del Espíritu Santo, una imagen suya, tiene mayor perfección aún en este mundo.

La caridad de la tierra no difiere de la caridad del cielo; esencialmente es la misma, mientras que la fe se detiene en los dinteles de la eternidad para que venga la visión a sustituirla. Por eso no es raro que la caridad supere a su propio fundamento y que por medio de ella tengamos un conocimiento más amplio, más profundo y, si se puede decir, más divino que por la fe.

* * *

A la verdad, es vasto, vastísimo, el campo del don de Sabiduría; abarca todas las cosas que abarca la fe, las cosas divinas y las cosas humanas que caen bajo la fe que han sido reveladas; la sabiduría lo abarca todo. Ya os cité hace poco la palabra del apóstol san Pablo: «*Spiritus omnia scrutatur*». El hombre espiritual juzga todas las cosas; nada se escapa a la perspicacia de esa sabiduría sobrenatural.

Pero su objeto propio, su objeto primario, es Dios; los ojos de la sabiduría se hunden en la Divinidad por la contemplación. Y porque contemplan lo divino

—permítaseme que repita la misma expresión— ven por los ojos del Amado, y desde aquella atalaya excelsa descubren todas las cosas que debemos conocer en el orden sobrenatural.

Este don de Sabiduría es el superior de todos los dones y a todos los dirige; es un don altísimo. Aun el don de Entendimiento es dirigido por la Sabiduría, y por eso forma el primer par en la enumeración de Isaías de que hablé en uno de los primeros capítulos. Dice el profeta que de la raíz de Jessé saldrá una vara, y de esa vara nacerá una flor, y sobre esa flor descansará el Espíritu de Dios, el Espíritu de Sabiduría y de

Entendimiento, el Espíritu de Consejo y de Fortaleza, el Espíritu de Ciencia y de Piedad, y lo llenará el Espíritu de Temor de Dios.

En el primero de los pares enunciados por Isaías están la Sabiduría y el Entendimiento, porque la Sabiduría es un don director aun del don de Entendimiento; es el don supremo que ejerce su influjo sobre todos los dones, repito; es como la cumbre a donde puede llegar el conocimiento humano.

Este don de Sabiduría tiene una importancia capital en la contemplación sobrenatural. El don de Entendimiento influye, ciertamente, en la contemplación, porque purifica el alma para que pueda contemplar las cosas divinas y penetra en las verdades de la fe, y por esas dos operaciones prepara el terreno, por decirlo así, para el don de Sabiduría.

El don de Sabiduría es el don supremo de la contemplación; por él, nuestra alma se eleva a lo más alto que se puede subir; más que el don de Sabiduría, solo el cielo, solamente la visión beatífica.

Nos enseñan los teólogos que por el don de Sabiduría se llega a la contemplación más perfecta de Dios, y que ese don es el característico de las altas etapas de la vida espiritual; es, pudiéramos decir así, el don de los santos, no porque solamente ellos lo tengan; gracias a Dios, repito, desde el día de nuestro bautismo poseemos todos los dones; pero aunque poseamos todos, los dones no alcanzan siempre su perfecto desarrollo por nuestra culpa, o al menos por nuestro descuido.

Todos los hombres tenemos las mismas facultades, y ¿no vemos a muchos pobres ignorantes que no han cultivado jamás sus facultades intelectuales? Han desarrollado sus músculos, tienen una fuerza material poderosa; pero han descuidado el desarrollo de su inteligencia. Así, hay almas que descuidan el desarrollar esos dones magníficos que han recibido de la mano munificente y santificadora de Dios.

Los santos, los que han llegado a la cumbre de la perfección, poseen de una manera perfecta todos los dones, pero singularmente el don de Sabiduría.

Y este don produce en nosotros la semejanza, por decirlo así, más perfecta con Jesucristo. ¿No recordamos aquella frase misteriosa del apóstol san Pablo: «Nosotros, contemplando a cara descubierta la gloria de Dios, nos vamos transformando en su misma imagen de claridad en claridad»? (*«Nos vero omnes, revelata facie gloriam Domini speculantes, in eadem imaginem transformamur a claritate in claritatem, tanquam a Domini Spiritu»*)[19].

Esta escala de luz, esta serie de claridades por las cuales se va el alma transformando en Jesucristo, es el proceso del don de Sabiduría. Cuando este alcanza en el alma su perfecto desarrollo, entonces el alma tiene la imagen de Jesús, la sabiduría creada, trasunto de la Sabiduría infinita, como la caridad es el trasunto del Espíritu Santo.

Por eso, la séptima Bienaventuranza es fruto del don de Sabiduría: «Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán hijos de Dios». Esta paz la produce el don de Sabiduría, produce aquella paz de que hablaba el apóstol san Pablo: *«Pax Dei quae exsuperat omnem sensum»*[20]. Una paz que supera todo lo que nosotros podemos

percibir por nuestros sentidos, una paz que está por encima de toda paz humana. Esa mirada divina con que se contempla el mundo viene a producir en nuestra alma una paz profunda, una paz inquebrantable. Las almas que poseen en su perfección el don de Sabiduría son los pacíficos, y ellos son los hijos de Dios, porque tienen la imagen más perfecta del Hijo de Dios, tienen la adopción perfecta, la filiación perfecta, porque la sabiduría ha grabado en sus almas la imagen más perfecta que puede tenerse sobre la tierra del Hijo de Dios.

* * *

Claro está que en este don, como en todos, se dan grados. El primer grado del don de Sabiduría —que se tiene desde el momento en que se tiene el don— nos hace adherirnos a Dios, y por adherirnos a Él tenemos un juicio recto, una rectitud sobrenatural para juzgar las cosas divinas y, al mismo tiempo, por ese primer grado disponemos de normas divinas para arreglar nuestras acciones y operaciones.

En el segundo grado llegamos a tener un gusto, un sabor especial de las cosas divinas. ¿No recordamos aquellas palabras del apóstol san Pablo que la Santa Iglesia nos repite durante el tiempo pascual: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, en donde Cristo está sentado a la diestra del Padre; saboread las cosas divinas»? (*«Si consurrexistis cum Christo, quae sursum sunt quaerite, ubi Christus est ad dexteram Dei sedens; quae sursum sunt sapite non quae super terram»*)[21].

¡Saboread lo de arriba! El saborear las cosas divinas es propio del don de Sabiduría. Podríamos emplear esta expresión por analogía con los sabores materiales. El don de Sabiduría nos da un sabor, un gusto de las cosas divinas.

Y por la suavidad y el gusto que experimentamos en las cosas divinas llegamos a despreciar las satisfacciones humanas. En los santos, lo hemos visto, ¿no le pidió a Dios santa Teresa del Niño Jesús que le pusiera una gota de amargura en todas las satisfacciones de la tierra? Parece increíble que se haga semejante petición; de ordinario anhelamos todo lo contrario: que Dios, en todo, ponga una gota de miel; que en todas las cosas de nuestra vida, hasta en nuestros sufrimientos, haya una gota de dulzura. Santa Teresa de Lisieux le pedía a Dios que no le permitiera saborear ninguna de las satisfacciones humanas.

Y es que cuando se ha saboreado lo divino se desprecia lo humano; como esos paladares delicados que se han acostumbrado a manjares exquisitos ya no pueden apreciar los manjares comunes, así no se pueden apreciar y gustar las cosas de la tierra cuando se ha tenido el íntimo sabor de las cosas divinas.

Pero hay otro efecto también muy propio del don de Sabiduría: nos hace conocer los tesoros del dolor y nos hace sentir un vivísimo deseo de él. Ya decía que para conocer y amar el dolor nos sirve el don de Ciencia, pero todavía es más profundo el conocimiento del dolor que se tiene por el don de Sabiduría, y más vivo el deseo de sufrir.

Todos los santos que han querido sufrir y que estaban impacientes porque llegara la hora del martirio, lo han hecho bajo el influjo del don de Sabiduría. San Ignacio de Antioquía, que dijo: «Yo soy el trigo de Cristo, y es necesario que sea triturado por los dientes de las fieras para convertirme en Pan inmaculado». Santa Teresa, que decía: «O padecer, o morir». Santa María Magdalena de Pazzis, que afirmaba: «No morir, sino padecer». Todos esos deseos parecen extraños, parecen anormales, parecen locura, cuando no se comprende su razón profunda.

A la luz del don de Sabiduría, ¡es tan bella la cruz! ¡Es tan dulce el dolor! Tiene algo divino, tiene algo de Jesús, es la escala recta luminosa por donde se sube a los cielos. Donde está el dolor, está la cruz impregnada de amor, y de las entrañas del dolor brota la perfecta alegría que nos enseñó maravillosamente san Francisco de Asís.

Para entender esas cosas es preciso el don de Sabiduría. El hombre animal no percibe las cosas divinas —dice san Pablo—; el hombre espiritual juzga todas las cosas. Cuando el don de Sabiduría se ha desarrollado en nosotros, por medio de él, el Espíritu Santo nos hace penetrar en las riquezas de la cruz, en las maravillas del dolor, y entonces lo deseamos con todas las fuerzas de nuestra alma, con todos los anhelos de nuestro corazón.

En los altos grados del don de Sabiduría, las almas viven ya una vida celestial, parece que comienzan a gustar las delicias del Amado, ya no quieren mirar ninguna de las cosas de la tierra, ya todo lo ven en relación con la Patria. Es lo que decía san Bernardo: «Cuando escribes tu relato no tiene para mí ningún sabor, si no está allí el nombre de Jesús. Una conferencia o una conversación no me agrada si no escuchan mis oídos el nombre de Jesús. Jesús es miel a los labios, melodía a los oídos, júbilo al corazón»[22]. Todo lo veía en relación con Dios, todo lo veía en relación con el cielo.

Esas almas comienzan a contemplar desde esta vida algo de Dios, miran todas las cosas con los ojos del Amado y contemplan el Universo desde la excelsa atalaya de la Divinidad.

* * *

He concluido la exposición que ofrecí de los dones del Espíritu Santo. No sé si he acertado a dar alguna idea, siquiera vaga, de estas maravillas de Dios; pero estoy seguro de que la exposición que he hecho, si no ha llenado de luz nuestro espíritu, por lo menos ha llenado de inquietud nuestra alma. Sentimos la inquietud del que presiente otro mundo mejor, la inquietud del que no acaba de comprender las cosas, pero las vislumbra.

Estoy seguro de que la exposición que he hecho en estas páginas servirá para que comprendamos que hay un mundo desconocido, que hay un mundo divino, henchido de riquezas e impregnado de dulzura; que hay un mundo mil veces superior, mil veces más bello que este mundo prosaico en el que vivimos: un mundo para el que fuimos creados.

Porque no fuimos creados para este mundo miserable, ni para acumular las riquezas que el ladrón nos puede arrebatar y que el orín consume, ni para embriagarnos con las glorias de la tierra, ni para disfrutar de los placeres terrenos, a veces tan viles, siempre

imperfectos, incapaces de saciar nuestro corazón inmenso. No; nacimos para un mundo que llevamos escondido en el alma.

Yo quedo satisfecho si al menos he logrado que presintamos ese mundo divino, si he dejado una inquietud en nuestro espíritu, si al menos, después de mi exposición, podemos decir: hay algo más grande que lo que ven nuestros ojos, hay algo más bello que lo que perciben nuestros sentidos, hay un mundo superior, el mundo de los santos, para el cual todos estamos llamados. Y llevamos dentro del corazón realidades sobrenaturales, con las cuales podemos escalar las cumbres y contemplar panoramas bellísimos, y así acercarnos hasta la luz espléndida de Dios.

¡Que el Espíritu Santo, cuya moción nos enseña todas las cosas, según la frase de la Escritura, complete lo exiguo de mi obra; que Él comunique a nuestras almas su luz, para que miremos hacia arriba, y se encienda en nuestros corazones el fuego santo del amor, y suspiremos por lo grande, por lo divino, por lo eterno!

17 *Cor.*, II, 10.

18 *I Cor.*, VI, 17.

19 *II Cor.*, III, 18.

20 *Phil.*, IV, 7.

21 *Col.*, III, 1-2.

22 *Homil.* 15 in Cant.

X. PENTECOSTÉS, LA FIESTA DEL AMOR

*«Deus caritas est: et qui manet in caritate,
in Deo manet, et Deus in eo».*
(Dios es caridad, y el que permanece en la caridad
permanece en Dios y Dios en él)[23].

Hoy es la fiesta del amor, del amor inefable, del amor infinito, del amor fecundísimo, que hace siglos vino a la tierra y se derramó en las almas, y que desde hace siglos se sigue derramando en los corazones, no solamente cada año en el día de Pentecostés, sino de una manera constante, porque la vida cristiana, la vida de la Iglesia, es un perpetuo Pentecostés.

Y al derramarse el Espíritu Santo en las almas, ¿qué ha de hacer sino consumir en ellas el misterio inefable del amor?

En los capítulos anteriores hablé de las maravillas que el Espíritu Santo produce en las almas; cómo por medio de sus dones nos mueve, nos dirige, nos lleva a Dios; pero debo decir que por íntimas que sean esas mociones, por bellas, por trascendentales, y, si se me permite la palabra, por divinas, envuelven y suponen un misterio más hondo, un misterio del que son manifestaciones y emanaciones celestiales.

El misterio que los dones del Espíritu Santo suponen es el misterio sublime, el misterio divino, el misterio del amor, y ese misterio del amor es el que el Espíritu Santo realiza en las almas cuando desciende sobre ellas.

Pues bien: de este misterio quiero hablar hoy, que, vuelvo a decirlo, es la solemnidad del amor.

* * *

Para comprender las maravillas del amor divino, hay que escrutar las profundidades del amor humano. El Padre Lacordaire ha dicho con maravilloso acierto: «El amor en el cielo y en la tierra tiene el mismo nombre, la misma esencia, la misma ley». ¡Cuánta verdad encierran estas palabras! Nuestro pobre amor humano es un transunto, es un reflejo del divino amor. Y es natural que, en miniatura, el amor de nuestro corazón,

cuando es genuino, cuando es noble, tenga caracteres análogos a los divinos caracteres del amor infinito.

Pero si es verdad que el amor de la tierra nos puede hacer vislumbrar lo que es el amor infinito, también es cierto que, a pesar de esas analogías, debemos comprender que en el amor humano esos caracteres son imperfectos, son limitados, y que hay una distancia enorme entre el amor de la tierra y el amor del cielo. Hay en ellos semejanza, y, sin embargo, hay entre ellos una distancia infinita.

El mismo insigne orador que acabo de citar decía: «Si queréis comprender el amor de Dios, oíd los latidos de vuestro propio corazón, pero poned allí el infinito». Lo que nosotros sentimos lo siente Dios, pero de una manera infinita; los rasgos y los caracteres del amor de la tierra son los rasgos y caracteres del amor divino, pero hay que poner sobre los caracteres de nuestro amor la majestad, la grandeza de lo infinito.

Ahora bien: ¿qué es el amor de la tierra? Dos palabras nos pueden dar el concepto verdadero de él. «Amar es poseer y ser poseído».

Estas dos palabras expresan todo el misterio del amor; y yo no sé cuál de estas dos cosas sea más grande, sea más bella, si el poseer o el ser poseído, porque no he podido comprender jamás qué cosa es más dulce y satisfactoria para nuestro corazón, si amar o ser amado.

De las dos cosas necesita el amor, porque por su naturaleza exige la reciprocidad, porque el amor que no es mutuo no es un amor perfecto, no es un amor consumado. Nosotros, cuando amamos, queremos poseer al ser amado y al mismo tiempo le entregamos también nuestro corazón entero.

Cuando el Espíritu Santo descende a nuestros corazones, le poseemos y nos posee. En esas dos palabras se encuentra maravillosamente expuesto todo el misterio de amor que el Paráclito realiza en nuestras almas. Lo poseemos y nos posee.

¡Ah! ¡Si comprendiéramos toda la hondura que en cada una de esas dos palabras se contiene!

* * *

Poseemos al Espíritu Santo.

Cuando amamos, decimos que le hemos dado al ser amado nuestro amor, nuestro corazón, nuestro ser; y esas expresiones son verdaderas, pero tienen siempre algo de hiperbólico, de figurado. Si damos nuestro amor, envolvemos al ser amado con la ternura de nuestra alma, y con nuestro amor le hacemos el don de nosotros mismos; no se puede amar sin darse. Pero nuestro amor es algo superficial, es un accidente; un accidente nobilísimo, tanto cuanto se quiera, pero un accidente.

El amor de Dios no es un accidente; el amor de Dios es sustancial, el amor de Dios es Dios mismo. San Juan nos hace la maravillosa revelación: «*Deus caritas est*» (Dios es caridad, Dios es amor)[24]. Y cuando Dios ama, se nos da, su amor nos da su misma sustancia: Él sí que nos hace el don de Sí mismo.

Pero hay en Dios un amor personal, el Espíritu Santo, y cuando Dios nos ama nos da a su Espíritu. Por eso dijo san Juan: «En esto conocemos que Dios nos ha amado, en que nos ha comunicado su Espíritu»[25]. Esa es la verdad, aquí no hay hipérbole, aquí no hay figura; es una realidad vivida, es una realidad divina, Dios nos ama y nos da su amor, y nos da su corazón, y se nos da a Sí mismo.

Cuando recibimos el Espíritu Santo, recibimos el amor de Dios; pero no lo entendamos a la manera humana, no entendamos que simplemente Dios nos ama y que allí en su Corazón guarda un afecto santo para nosotros, no; sustancialmente, su amor personal viene a nosotros y se nos da, y se nos entrega, y lo poseemos en nuestro corazón.

Es una verdad perfectamente expresada en las Escrituras y enseñada por la Santa Iglesia: cuando Dios nos ama, se nos da, lo llevamos en el corazón. Por eso la Iglesia llama al Espíritu Santo «*Dulcis hospes animae*» (Huésped dulcísimo del alma)[26]. Verdaderamente, el Espíritu Santo está dentro de nuestro corazón, lo poseemos, no es una figura, no es una imagen, no; es una realidad.

Quienquiera que esté en gracia, tiene al Espíritu Santo en su corazón, porque no puede existir la caridad sin el Espíritu Santo; hay entre ellos vínculos estrechísimos. Por eso dice la Escritura: «*Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis*» (La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado)[27].

Poseemos, pues, al Espíritu Santo; pero no pensemos que su visita es fugaz, no; establece su morada en nosotros. Nos dice Jesucristo en la última Cena, hablando del Espíritu Santo: «Permanecerá en vosotros mi espíritu»[28]. No es, por consiguiente, una visita pasajera; todavía en la Comunión eucarística la visita de Jesús es fugaz, dura en nosotros mientras duran las sagradas especies; la visita del Espíritu Santo, la visita de la Divinidad —porque el Espíritu Santo no puede estar sino unido por el Padre y el Hijo— es permanente, no es un momento pasajero, no es por un tiempo determinado, no; es el dulce Huésped del alma el que tiene su morada en nuestro corazón, su morada permanente.

¡Si comprendiéramos esto, si nos diéramos cuenta de que llevamos al Espíritu Santo en nuestras almas, cómo se transformaría nuestra vida!

¿Por qué quejarnos de la soledad cuando nos acompaña el Espíritu Santo? ¿Por qué sentir pena e inquietud cuando llevamos en nuestra alma al Paráclito? ¿Por qué andar suspirando por la felicidad de los bienaventurados? ¡Si tuviéramos una fe viva!, ¡si nos diéramos cuenta del misterio que se realiza en nuestras almas! Como dijo Jesús a la Samaritana en el brocal del pozo de Jacob: «*Si scires donum Dei...!*». (¡Si conocieras el don de Dios...!)[29].

El don de Dios es el Espíritu Santo. Tiene ese nombre la tercera Persona de la Santísima Trinidad; es el *don*, porque el amor se manifiesta por dones, pero el primer don que hace el que ama es el don de su amor; todos los demás dones son manifestaciones y consecuencias de este don supremo. Y el Espíritu Santo es el amor de Dios; por eso se llama por excelencia el *don de Dios*.

Y ese don es nuestro, entendámoslo bien, es nuestro. No es un huésped de circunstancias, como muchas veces nos acontece en nuestra vida, cuando abrimos nuestra casa a una persona casi desconocida porque nos pide albergue por una noche, o bien hospedamos a una persona que tiene con nosotros relaciones superficiales, no; este Huésped es nuestro, lo poseemos, nos lo han dado. Antes era del Padre y del Hijo, porque de ellos emana; pero después de que el Padre y el Hijo nos lo dieran, y que Él mismo se diera a nosotros, es ya nuestro, verdaderamente nuestro.

Iba a decir que tan nuestro como son las cosas que poseemos, pero no; es más nuestro, porque la posesión que tenemos del Espíritu Santo es algo íntimo. En las cosas que poseemos, la posesión es verdadera, pero superficial, exterior; la posesión que tenemos del Espíritu Santo es algo íntimo, es algo profundo; el Espíritu Santo es nuestro, y si he de decir todo mi pensamiento, diré que es nuestro para siempre.

Por su naturaleza, la donación del Espíritu Santo es una donación eterna, porque dice la Escritura que los dones de Dios son sin arrepentimiento, y el primero de sus dones es su amor.

Y para que comprendamos hasta qué punto es verdadera esta doctrina de que los dones de Dios son sin arrepentimiento, baste decir lo que el apóstol san Pablo dijo a propósito del pueblo judío. Todavía el pueblo judío es el predilecto de Dios; la predilección divina no ha desaparecido ni desaparecerá jamás; solamente está en suspenso. Ese pueblo cometió el deicidio, ese pueblo habrá cometido muchos crímenes a través de la Historia; pero no ha perdido la predilección de Dios, porque los dones de Dios son sin arrepentimiento. Y está predicho que en los últimos días del mundo esa predilección volverá a manifestarse, y Dios congregará a su pueblo, y lo sentará sobre sus rodillas, y le dará muestras de su predilección.

Los dones de Dios son sin arrepentimiento, y su amor es el primero de sus dones. Tal es el sentido que me parece encontrar en aquellas palabras del apóstol san Pablo: «Yo estoy cierto que ni el cielo, ni la tierra, ni el infierno, ni la altura, ni la excelsitud, ni la profundidad, ni la muerte, ni la vida, ni criatura alguna, podrá separarme del amor de Dios, que es Cristo Jesús»[30]. Expresaba, sin duda, el apóstol, con toda sinceridad, las disposiciones de su alma, pero yo pienso que también expresaba lo inefable, lo perpetuo, que son los dones de Dios.

Nadie nos puede arrebatar al Espíritu Santo que poseemos. Los únicos que podemos alejarlo de nuestro corazón somos nosotros mismos, por el abuso de nuestra libertad; pero si nosotros no queremos, el don de Dios permanecerá para siempre en nuestra alma, porque los dones de Dios son sin arrepentimiento.

¡Qué gozo poseer a Dios! ¡Qué gozo que el don divino sea nuestro!

Y es nuestro en el sentido de que podemos gozar de Él a la hora que queramos. Cuando tenemos algo nuestro, a la hora que nos place podemos disponer de aquello; no así si es una cosa ajena que se nos prestó; solo podemos entonces usar de ella mientras lo quiera su dueño o mientras la prudencia aconseje que de ella usemos; en tanto que de lo nuestro disponemos con toda nuestra libertad y siempre que queramos.

Y así es este don que hemos recibido del Padre y del Hijo: el Espíritu Santo; podemos disponer de Él, podemos gozar de Él a la hora que nos plazca, no en el sentido que podamos tener consuelos sensibles a cualquier hora, pero sí que podamos experimentar las maravillas de su amor a la hora que queramos.

* * *

Tal es el primer elemento del misterio del amor, *poseer*; nosotros poseemos al Espíritu Santo, lo poseemos como algo nuestro, lo poseemos de una manera de suyo inadmisibile, de suyo perpetua.

Pero, ya lo decía, el amor no es unilateral: el amor exige reciprocidad; por el amor poseemos y por el amor somos poseídos. Y vuelvo a decir que yo no acierto a juzgar qué cosa sea más bella y más dulce, si poseer o ser poseídos.

Esa posesión que tiene sobre nosotros el que nos ama, es porque le hemos entregado nuestro corazón y nuestro ser, y se lo hemos entregado sin reservas. Si nuestro amor es profundo, hemos puesto en las manos del Amado nuestro destino, hemos abdicado, por decirlo así, de nuestra libertad; y es la única vez en que abdicar de la libertad es glorioso y dulcísimo. Solo el amor realiza esa maravilla: que perdamos nuestra libertad y sintamos la dicha y la gloria de perderla.

Yo podía decir como san Agustín: «*Da mihi amantem, et sentit quod dico*» (Dadme alguno que ame, y entenderá lo que digo). El Espíritu Santo, cuando viene a nuestras almas, nos posee; porque no puede venir a nuestras almas si no le amamos, y no podemos amarlo si no le hacemos la entrega de nosotros mismos.

En los capítulos anteriores estuve explicando, de la mejor manera que me fue posible, lo que son los dones del Espíritu Santo, esos instrumentos poderosos que comparaba a los teléfonos o a los aparatos de radio, que sirven para captar las inspiraciones y las mociones del Espíritu Santo; dije cómo el Espíritu divino había establecido en todo nuestro ser una maravillosa instalación sobrenatural con sus dones, con lo cual puede llegar a cualquier parte de nuestro ser, puede movernos, puede dirigirnos, puede elevarnos; pero esa posesión que el Espíritu Santo tiene sobre nosotros por los dones es posible por una posesión anterior, la posesión que tiene sobre nuestro corazón.

Imaginémonos a un rey que toma posesión de su reino; después de haber tomado posesión de él, dispone todo lo relativo a las comunicaciones para que en toda la vasta extensión de su reino pueda escucharse su voz y pueda enviar sus dones; pero estas comunicaciones que él arregla suponen que ha tomado posesión de su reino. Para que el Espíritu Santo nos pueda mover por medio de sus dones, es preciso que antes haya tomado posesión del que mueve, no con la posesión del que dirige, sino con la posesión del que ama. Y sobre esta posesión se fundan todas las demás.

El Espíritu Santo, además, tiende a poseernos más y más cada día, hasta que llega un momento, en las altas cumbres de la perfección cristiana, en que el Espíritu Santo llega a poseernos *totalmente*. La santidad no es otra cosa que la posesión perfecta del

Espíritu Santo sobre el hombre. Cuando el Espíritu Santo posee perfectamente a un hombre, este puede exclamar con el apóstol san Pablo: «*Vivo iam non ego, vivit vero in me Christus*» (Ya no vivo yo, vive Cristo en mí)[31].

Claro está que para llegar a esas cumbres se necesita tiempo y esfuerzo y gracia de Dios; pero desde el momento mismo en que la gracia se infunde en nuestras almas, ya el Espíritu Santo las posee. Nos posee por sus dones, por medio de ellos mueve y dirige todo este imperio de nuestro corazón y de nuestro ser; pero antes de sus dones —no en el orden del tiempo, que todo es simultáneo, sino en el orden lógico—, antes de sus dones, es la posesión divina de amor que el Espíritu Santo realiza en nuestra alma.

Verdaderamente nos posee, verdaderamente tiene nuestros corazones en su mano, tiene sobre nosotros la dulce, la gloriosa, la santa soberanía del amor.

* * *

El Espíritu Santo realiza en nuestros corazones el misterio del amor; se deja poseer por nosotros y nos posee; las dos manifestaciones del amor: *poseer* y *ser poseídos* se realizan maravillosamente cuando el Espíritu Santo se derrama en nuestros corazones.

¿No dije, con verdad, que el día de hoy es el día del amor, la solemnidad del amor? Hace siglos vino el Espíritu Santo para que los hombres lo poseyeran y para poseer Él los corazones humanos; y desde hace siglos no deja de venir.

¡Cuántas veces ha venido a nuestras almas! Vino por vez primera el día de nuestro bautismo, ha venido siempre que recibimos un Sacramento, siempre que realizamos un acto intenso de virtud; el Espíritu Santo desciende frecuentemente, muchas veces en el mismo día; la vida cristiana es un perpetuo Pentecostés.

Y al descender sobre nosotros, el Espíritu divino realiza siempre el doble, el divino misterio: nos posee y se deja poseer por nosotros.

¡Ah! ¡Si conociéramos el don de Dios!

En este día sacratísimo, que, como dice la Iglesia, llena de regocijo a todo el Universo, porque Dios ha derramado su gozo por todas partes; en este día, que es de regocijo, porque es el día del amor, invoquemos al Espíritu Santo; no lo llamemos para poseerlo, porque lo poseemos ya, así lo espero; pero llamémosle, porque nunca lo acabaremos de poseer; digámosle que venga y que realice y consume en nosotros el triunfo del amor.

* * *

¡Oh Espíritu Santo, dulce huésped del alma, amor infinito que te derramas en nuestros pobres corazones! ¡Ven, ven de nuevo a nosotros, ven todos los días, ven a cada instante, consume el divino misterio del amor que realizas en nuestros corazones!

¡Que te poseamos, oh Señor, que te poseamos; que sintamos la dicha inefable de que eres nuestro, de que podemos gozar de Ti cuantas veces nos plazca, que seas Tú la dicha de nuestra alma, la vida de nuestro corazón, que seas nuestro todo!

Pero también aquí estamos nosotros, te hacemos la entrega total de nosotros mismos, no solo el corazón, sino el alma y cuerpo, y todo lo que tenemos y todo lo que poseemos te lo damos, para que nos poseas cumplidamente, para que nos dirijas, para que nos eleves.

¡Poseéenos y déjate poseer por nosotros, para que se realicen en los que son tuyos el misterio del amor, para que Tú nos ames y nosotros te amemos, y, amándote en la tierra, nos preparemos para el misterio inefable, para el misterio divino de la eternidad!

23 *I Ioan.*, IV, 16.

24 *Ibid.*

25 *I Ioan.*, III, 13.

26 Secuencia «*Veni, Sancte Spiritus*».

27 *Rom.*, V, 5.

28 *Ioan.*, XIV, 15.

29 *Ioan.*, IV, 10.

30 *Rom.*, VIII, 38-39.

31 *Galat.*, II, 20.

Índice

I. NOCIONES GENERALES	5
II. DON DE TEMOR	15
III. DON DE FORTALEZA	22
IV. DON DE PIEDAD	30
V. LOS DONES INTELECTUALES EN GENERAL	38
VI. DON DE CONSEJO	46
VII. DON DE CIENCIA	53
VIII. DON DE ENTENDIMIENTO	61
IX. DON DE SABIDURÍA	70
X. PENTECOSTÉS, LA FIESTA DEL AMOR	80